
¿Y si tan solo
es un
juego?
Maribel Martin

# ¿Y SI TAN SOLO ES UN JUEGO?

MARIBEL MARTÍN

# Capítulo 1

Las calles de Madrid bullían con el rumor eléctrico de la ciudad en plena ebullición, pero para Sonia, esa tarde, todo sonaba lejano, como si el mundo se hubiese sumido en un silencio absurdo mientras ella trataba de recomponerse del golpe.

—Lo sentimos mucho, Sonia, de verdad —había dicho el gerente de diseño, sin levantar demasiado la vista del escritorio—. Ha sido una decisión corporativa, no tiene nada que ver con tu rendimiento.

Mentira.

Sonia había apretado los puños en sus muslos, bajo la mesa.

Claro que tenía que ver. La habían despedido porque el estudio se fusionaba con otro más grande y, como siempre, los primeros en caer eran los que no tenían nombre ni apellidos de peso en la industria. Sonia, con sus treinta y un años y un currículum que mezclaba talento con empleos inestables, era prescindible.

Sustituible.

Invisible.

Joder...

Bajó por la Gran Vía con una carpeta bajo el brazo y el alma hecha trizas, los talones resonando en la acera como un metrónomo melancólico.

—Perfecto —murmuró para sí—. Otra vez al punto de partida.

Madrid podía ser hermosa, pero también cruel. Llena de oportunidades... para los que ya estaban dentro. Ella lo había rozado, había tenido una silla en el juego, aunque fuera en una esquina. Ahora volvía al punto de partida y ya no era tan joven como para creer que las cosas simplemente aparecerían.

¿Cuánto tiempo llevaba aceptando trabajos basura solo para seguir trabajando en lo suyo, no solo en lo que había estudiado, sino que era la pasión de su vida?

Suspiró melodramáticamente, algo que siempre se le había dado bien, aunque no tanto como a Sara, alguien que sí que había sabido aprovechar las oportunidades desde el comienzo. Y si no había oportunidades, su amiga las había creado, trepando, un peldaño a la vez, hasta que con sus mismos años, era uno de los nombres más conocidos en el mundo del diseño gráfico.

¿Quién demonios dentro de esa industria no había oído mencionar a Sara Méndez?

Caminó lentamente, siguiendo el camino que conocía bastante bien, un camino que llevaba recorriendo los últimos meses desde que había empezado a trabajar en esa empresa, cuando quería desconectar o se reunía con algún amigo en el mismo bar.

El bar como siempre estaba medio vacío a esa hora de la tarde. Sonia eligió una mesa junto al ventanal, desde donde podía ver el tráfico lento de la calle Fuencarral y perderse entre los rostros anónimos que caminaban deprisa sin saber que el mundo de alguien acababa de romperse.

Pidió un café con leche y se lo sirvieron sin azúcar, como le gustaba. Mientras removía la espuma con la cucharilla, su móvil vibró.

Era un mensaje de Sara, sí, la misma que se encontraba en la cima del universo en ese momento mientras ella se encontraba tirada en el suelo.

"¿Dónde estás?", decía el mensaje.

Sonia tecleó: "En el bar. El de siempre".

Era cierto que le encantaba el dramatismo y era toda una experta pero aún era mucho más agradable crear drama con audiencia y después de todo, la autocompasión no era lo suyo. No... Prefería compadecerse acompañada y ya que Sara tenía el mundo a sus pies, bien podía compartir un poco de su miseria.

En menos de quince minutos, Sara apareció por la puerta como una exhalación. Llevaba gafas de sol, el cabello castaño recogido en un moño desordenado y un abrigo largo de lino claro. Siempre iba elegante sin parecer que lo intentaba. Sonia la envidiaba un poco por eso.

Bueno, por eso y por mucho más.

Su figura no era tan estilizada como la de Sara, de al menos un metro setenta y cinco y delgada sin parecerlo. Tenía el cuerpo de una modelo y la cara de una estrella de cine pero también poseía el cerebro de Einstein y la maldad de al menos diez generaciones de brujas, según ella, así que su amiga siempre había dicho que no podría soportar a los periodistas detrás de ella sin romperles antes la nariz, así que elegía una profesión mucho más inocente.

Había triunfado igual.

Ella, en cambio, era bajita, alcanzaba el metro sesenta y uno con esfuerzo, tenía una figura que no era ni gorda, ni flaca, pero había

zonas que sí se sometería a una liposución y otras que se rellenaría... si no tuviera miedo a las agujas o al bisturí, por supuesto.

Tampoco tenía un fuerte don de gentes y mucho menos brillaba ahí por donde pasaba. Su cabello era de un rubio sin brillo, incluso aunque se pasara dos horas después de la ducha con cientos de acondicionadores y pulidores de cabello que en los anuncios de tik tok aseguraban que dejaban una melena como la de anuncio de champú. Tampoco le quedaba bien el pelo largo por culpa del ángulo de su cara o algo así.

—Tienes la cara alargada y estás muy chupada. Córtate el pelo, que así no te favorece —le había dicho su madre desde que Sonia tenía uso de razón, con ese tono de quien parece que lo sabe todo.

Y posiblemente desde que tenía uso de razón llevaba media melena nunca por debajo de los hombros. Sus ojos eran de un tono marrón claro.

Sin más.

No había nada llamativo en ella.

Y profesionalmente... Sin duda era sustituible tal y como se lo habían demostrado hacía un par de horas.

Ni siquiera quería hacer un esfuerzo para pensar en su vida sentimental. Había dado de capullo en capullo en vez de flor en flor y en algún punto de su vida simplemente se había cansado de ser picoteada por el aguijón envenenado de una avispa.

Tampoco recordaba ya cuando había sido la última vez que había tenido sexo y eso le hacía sentir como su abuela cuando alguien

empezaba a hablar esos temas en el pueblo y la mujer los miraba como si quisiera santiguarse y rezar cuatro padrenuestros.

—¿Qué pasó? —preguntó Sara apenas se sentó.

Sonia suspiró y apoyó los codos en la mesa, con el rostro entre las manos.

—Me echaron. Así de simple.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hoy. Hace un par de horas. Me llamaron a la oficina, sonaron muy serios… y zas, despedida. Que ya no había lugar para mí en el nuevo organigrama. Reestructuración, lo llaman.

Sara frunció los labios.

—Qué hijos de puta.

Sonia soltó una risa amarga.

—Sí, bueno, ya ni siquiera me sorprende. Esto es como el Tetris: si encajas mal una pieza, tarde o temprano pierdes.

Sara se quedó pensativa. La camarera pasó a dejar un té de frutos rojos que pidió por señas.

—¿Y ahora qué? —preguntó con suavidad.

—Está claro que no tengo que amargarme por decidir si me voy a una empresa en Nueva York u otra en Miami —bromeó Sonia con amargura recordando el último tema de conversación que tuvieron

las dos en ese mismo bar mientras Sara se debatía dramáticamente entre una oferta de trabajo u otra.

—Ya —rió Sara—, pero, en serio.

Sonia se encogió de hombros.

—Enviar currículums, otra vez. Revisar portafolio, actualizar redes. Vivir del paro hasta que me llamen para alguna entrevista que, con suerte, no sea una pérdida de tiempo. Lo de siempre.

O empezar a considerar el trabajo en el supermercado que habían abierto al otro lado del edificio donde vivía.

—Siempre puedo empezar a vender hamburguesas.

Su amiga le sonrió a través de la taza y sacudió la cabeza arrugando la nariz.

—No te favorecería el traje.

Sonia le enseñó los dientes.

—Ya, pero no me pagarían por lucir modelito, sino por mi buena mano con las hamburguesas.

—Hm.

—¿Qué?

—¿Quieres que te recuerde lo que ocurrió la última vez que cocinaste?

Sonia entrecerró los ojos.

—Solo se quemó un poco.

—¿Un poco?

—Como sea.

Sonia giró la cabeza y su amiga sonrió triunfal antes de dar un nuevo sorbo a su te, después, tras un silencio, Sara la miró con una intensidad nueva. En su gesto había una idea, un destello peligroso. Sonia la reconocía bien: era la cara que ponía cuando tenía algo entre manos.

—¿Qué? —preguntó Sonia, entrecerrando los ojos—. Te conozco, Méndez. ¿Qué se te ha ocurrido?

Sara sonrió apenas, como si intentara contener una idea que se le desbordaba por dentro.

—Me llegó un correo esta mañana —empezó—. Una empresa de videojuegos. Bastante grande. Están en plena expansión, buscando diseñadores gráficos para un nuevo proyecto internacional. Al parecer uno de mis trabajos circuló entre ellos y me quieren para una entrevista presencial... aquí, en Madrid.

Si es que a una las despedían y otras las buscaba el trabajo...

—¿Y tú qué les dijiste? —se obligó a preguntar.

—Nada. Aún no he respondido.

Sonia la miró, confundida.

—¿Por qué no? ¿No es justo lo que buscabas?

—Sí, pero... verás, me voy a quedar más tiempo en Nueva York. Me han propuesto algo grande allá y no quiero soltarlo todavía. Esta entrevista me pilla completamente fuera de juego.

Sonia frunció el ceño.

—¿Y entonces?

Sara bajó la voz y se inclinó hacia ella.

—Tú podrías ir.

—¿Qué?

—Podrías presentarte como yo. Solo para la entrevista. Nadie me conoce en persona allí, todo ha sido por correo. Solo han visto mis diseños, mis correos firmados. Nada más. Tú podrías pasar por mí perfectamente. Eres buena, Sonia. Muy buena. Podrías quedarte con el puesto.

Sonia se quedó en silencio unos segundos. El murmullo del bar pareció apagarse por completo.

—Estás de broma.

—Para nada. Es solo una entrevista. No estoy diciendo que robes mi identidad ni que vivas como yo el resto de tu vida. Solo ve, habla con ellos, muestra tu talento, y si te cogen... bueno, hablamos.

—Sara...

Era una locura. Punto. Era exactamente igual que si el sol le proponía a la luna hacerse pasar por él una temporada para poder largarse de vacaciones... Sin duda era imposible que nadie notara ese cambio.

—No, en serio. ¿Qué tienes que perder? ¿Una entrevista más? ¿Un riesgo más? Mira, si no lo haces, esa oportunidad se pierde. Nadie se entera. Si lo haces y no funciona, nadie sabrá nunca. Y si funciona... tal vez consigas meterte en un sitio que realmente valore lo que haces.

—Sí, y si me pillan posiblemente esté violando ocho normas, doce leyes y algún que otro protocolo de trabajo.

Sara puso los ojos en blanco, un movimiento muy fashion en alguien como su amiga. Cuando ella lo hacía parecía la muñeca tétrica de una película de terror antigua.

—Estás siendo exagerada. Te lo estoy permitiendo, no se consideraría suplantación de identidad.

—Sí, seguro que eso en un juicio lo dan como valido.

Sara volvió  a poner los ojos en blanco.

—Bien, entonces no lo intentes, no vayas —dijo dando otro sorbo de su té—, quédate en casa, come helado, engorda ocho kilos y métete en el traje de la pizzería del barrio. Creo que el verde te sentaría mejor.

—Muy graciosa.

—Tú decides.

Sonia se quedó mirando su taza. La idea era absurda, inmoral, y... tentadora. Muy tentadora.

Joder, era una locura y lo peor era que lo sabía.

—¿Dónde es? —preguntó sin mirar.

Venga, directa al infierno.

Sara sonrió, sabiendo que ya había ganado.

—Oficinas de Mika Games, calle Serrano. Pasado mañana. Te mando todo: correo de contacto, portafolio mío, que en parte también es tuyo, recuerda que compartimos proyecto hace años, y algunos detalles más.

—No puedo creer que esté considerando esto...

Sara sacó su móvil y empezó a escribir.

—Yo sí puedo. Porque eres mejor de lo que crees. Solo necesitas una entrada, una vez. Y esta, amiga mía, es la tuya.

Sonia la miró. El corazón le latía con fuerza. Por un instante, una chispa encendió algo que hacía tiempo estaba apagado.

Esperanza.

O puede que solo fuera la adrenalina de saber que iba a infligir ocho leyes y que si se descuidaba dejaba de preocuparse por el trabajo y el pago del alquiler durante seis años que terminaría en prisión. ¿Qué color usaban en el uniforme de reclusas?

Oh, bueno, para preocuparse por todo eso primero tendría que pasar la entrevista y ella, ni siquiera era buena en eso.

# Capítulo 2

Había pasado toda la noche sin dormir.

En realidad había estado prácticamente dos noches sin dormir.

El reloj de su mesilla marcaba las cinco y cuarenta y siete de la madrugada. y la ciudad, desde su ventana, aún estaba en penumbras. Madrid amanecía perezosa, con los faroles callejeros salpicando de luz amarillenta las aceras mojadas por la lluvia nocturna. El tic-tac del reloj se mezclaba con el zumbido de su ansiedad, una vibración sorda que le recorría el estómago desde que Sara le había hecho aquella propuesta imposible.

—Hazlo por ti, por lo que vales —le había dicho su amiga la noche anterior, mientras compartían una botella de vino barato y muchas frustraciones.— Nadie va a saberlo. En Nueva York nadie me busca, y tú tienes talento de sobra. Esa entrevista puede cambiar tu vida.

Sonia, que nunca había roto una regla en su vida, ni siquiera para copiar en un examen de matemáticas en la ESO, se sintió atrapada entre la tentación y la culpa.

Y el miedo de terminar en la cárcel por infligir leyes que ni siquiera sabía que existían pero que no era tan inocente como para no saber que la ignorancia no eximía de la culpa.

—Joder...

Había perdido su empleo como diseñadora  en una agencia de publicidad dos semanas atrás, sin indemnización, sin explicaciones más allá de la crisis del cliente principal. La lista de facturas en su escritorio era más larga que la de sus logros profesionales, y cada

vez que miraba su currículum se preguntaba si no habría cometido un error al meterse en ese mundo de creatividad explotada y contratos basura, donde si no se brillaba con luz fluorescente, una permanecía en las sombras, caía en el olvido y languidecía como una coliflor pasada.

—Y dúchate. También cepíllate los dientes. Se nota que no lo has hecho desde ayer y tienes ese tufillo a amargada que entonces cualquiera notaría el engaño —había soltado Sara, sin tomar un descanso a respirar mientras se tragaba un puñado de cacahuetes y ella se había preguntado por qué llevaban años siendo amigas.

La propuesta de Sara era absurda. Ilegal, incluso. Pero también era la única puerta abierta que se le había presentado en semanas.

Había tenido la oportunidad de idear escenarios. Si no le daban el puesto, pues nada, a seguir llorando y probando con el color verde o el rojo a ver cual de los dos uniformes le sentaba mejor. O si se le daba mejor la pizza o la hamburguesa. Estaba segura que iba a suponer un golpe muy duro que también la despidieran de un restaurante de comida rápida por no estar calificada.

Y si se lo daban... bueno, entonces ya pensaría después como solucionaba aquello.

Y así, con la ansiedad como despertador, se levantó ese lunes con una decisión tomada. Haría la entrevista. Se haría pasar por Sara Méndez. Solo una vez. Solo para abrir una puerta. Al menos para intentar abrirla.

Puso a calentar agua para el café mientras repasaba mentalmente los detalles.

Nombre: Sara Méndez.

Fecha de nacimiento: 16 de julio, 1993.

Universidad: Complutense de Madrid.

Especialización: Diseño gráfico con mención en experiencia de usuario.

Portafolio: revisado al milímetro.

Había pasado los últimos dos días estudiando cada aspecto de la identidad profesional de su amiga. Aunque por lo general nunca se le veía de frente en ningún lado, al menos no de manera pública donde cualquiera pudiese acceder y era imposible que alguien la reconociera, estudió las Fotos, redes sociales, trabajos anteriores, el tono exacto en que Sara respondía correos, su lenguaje corporal en videollamadas. Cada detalle contaba. Cada palabra, cada gesto. Porque si algo salía mal… no quería ni pensarlo.

La entrevista era a las nueve de la mañana en la sede de  Mika Games, en la calle Serrano, un edificio moderno, de líneas limpias, con grandes ventanales de vidrio oscuro que reflejaban el cielo como si quisieran formar parte de él.

—Es solo una entrevista —se dijo Sonia frente al espejo, alisando con esmero la blusa blanca que había elegido—. Solo una.

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana cruzó las puertas automáticas del edificio con un nudo en la garganta. El lobby era amplio, de diseño minimalista, con una recepción pulida en madera clara y pantallas que mostraban avances de sus videojuegos más exitosos: Eclipse Binary, Full Riders, Breaks Souls.

Todos habían llegado a un amplio publico internacional, juegos de tanto éxito que había convertido esa empresa en una imagen importante del mundo de los videojuegos.

Sonia se acercó al mostrador con pasos lentos, cada vez sintiéndolos más y más pesados y un sudor frio le recorrió la espalda.

—Disculpe... —murmuró casi sin voz y carraspeó para aclararse la garganta en el momento que una chica joven, de cabello castaño claro y largo y figura que hubiera competido claramente con Sara, levantaba la mirada de la pantalla del ordenador para dedicarle una esplendida sonrisa ensayada.

—Buenos días, ¿Puedo ayudarla en algo?

—Tengo una entrevista de trabajo.

—¿Para hoy?

—Sí.

La chica empezó pasar los dedos hábilmente por el teclado y asintió con la cabeza.

—¿Sara Méndez? —preguntó

—Sí —respondió Sonia, tratando de sonar segura.

—Perfecto. Deje aquí su DNI para el registro. El equipo de diseño la espera en el tercer piso. Puede tomar el ascensor del fondo.

El corazón de Sonia dio un vuelco. DNI. Obviamente no podía entregar el suyo.

—Eh… me lo dejé en casa, pero tengo el pasaporte digital —dijo, sacando su móvil.

La recepcionista dudó un segundo, pero luego asintió.

—Vale, no hay problema. Con el nombre basta para el sistema interno. ¡Mucha suerte!

Sonia agradeció y caminó hacia el ascensor. En cuanto se cerraron las puertas de acero, soltó el aire que llevaba contenido desde la entrada.

—Un paso menos —murmuró.

El tercer piso era un paraíso para creativos: mesas abiertas, paredes llenas de pizarras blancas cubiertas de bocetos, una zona con sofás y otra con plantas colgantes que creaban una especie de jardín vertical en medio del caos ordenado del trabajo.

—¿Sara Méndez? —llamó una voz masculina.

Sonia se giró. Un chico de unos treinta años, con gafas redondas y camiseta de un anime que no reconoció, se acercaba con una sonrisa amigable.

—Soy Marcos, jefe de desarrollo visual. ¡Qué bueno tenerte por aquí al fin!

Al fin…

Al final iba a sentirse muy mal con todo eso. Sin duda no era a ella, no era a Sonia López a quien estaban esperando, a quien querían en el equipo y aunque eso funcionara, no estaba segura de poder estar al nivel que se esperaba de Sara Méndez.

—Encantada, Marcos —respondió Sonia, ofreciéndole la mano con firmeza.

Aún así no iba a dar un paso hacia atrás. Esa había sido su decisión y estaba convencida a seguir adelante hasta el último momento… que bien podría ser esa entrevista que estaba esperando.

—Nos encantó tu portafolio. Tienes una manera muy particular de jugar con el espacio negativo. Lo del cartel de Indigo Noir fue una pasada.

Sonia asintió, recordando el proyecto: lo habían hecho juntas, pero ella había diseñado justo ese elemento.

—Gracias. Fue uno de los trabajos más interesantes que hice hace tres años.

Y para Sonia era verdad, aunque no tenía tan claro que también lo hubiera sido para su amiga. Esta siempre tenía proyectos pendientes, uno tras otro y sin duda no tenía mucho espacio para disfrutar y celebrar un éxito tras otro.

—Vamos, te presento al resto del equipo.

Fueron saludos breves pero cordiales. Sonia se esforzó por memorizar nombres y puestos: Clara, modeladora 3D; Ismael, animador principal; Ruth, directora de arte; y Luca, un becario italiano que apenas hablaba español pero sonreía como si entendiera todo.

Y sin duda, no necesitaba nada más para llevarse a más de una mujer a la cama, incluida a Ruth que lo miraba como si fuera un oasis en el desierto.

Le mostraron su posible estación de trabajo, le ofrecieron un café, y la conversación fluyó con naturalidad. Demasiado. Tal vez pero suficiente para que Sonia empezara a relajarse.

—Tomás quiere hacerte la entrevista personalmente antes de empezar —dijo Ruth—. Ya sabes, el jefe supremo. Siempre entrevista él mismo a los fichajes clave.

Sonia tragó saliva. Claro. Tomás Anderson. El CEO. Mitad inglés, mitad español. Joven, brillante, excéntrico. Apenas aparecía en redes, pero lo poco que sabía era suficiente para ponerle nerviosa.

O puede que fuera exactamente eso lo que la ponía nerviosa: la falta de información.

Si hubiera sido el típico personaje que sale en redes sociales o en las revistas donde señalara hasta la marca de calzoncillo que le gustaba usar y los segundos exactos que dejaba tostando las rebanadas de pan del desayuno, posiblemente se hubiera podido crear un modelo de actuación para tratar con él y conseguir que el plan fuera perfecto.

Pero iba a ciegas y eso le asustaba.

—¿Ahora? —preguntó.

—Sí, te espera en su oficina. Justo al final del pasillo.

Ruth le señaló las puertas de madera inclinándose en su silla. Su dedo se movió efusivamente y le guiñó un ojo.

—Suerte —le deseó  Clara.

—Gracias.

Sonia se levantó. Las piernas le temblaban un poco, pero avanzó con paso firme. Cada paso la acercaba a la verdad… y a la mentira, a un destino funesto que ella misma se estaba creando y que aún así

parecía tan mal de la cabeza que no echaba marcha atrás y salía corriendo de allí hasta la pizzería más cercana donde dejaría su curriculum y dedicaría su sonrisa más profesional a un desconocido que posiblemente le recordaría que los asuntos de contratación pasaban directamente online.

Sonia se detuvo frente a las puertas y respiró hondo. Dos veces. La puerta estaba entreabierta. Sonia respiró hondo una vez más y llamó con los nudillos.

—Adelante.

Entró.

La oficina era amplia, decorada con sobriedad. Una estantería de madera oscura llena de libros técnicos, una consola retro enchufada a un televisor de tubo en una esquina, y una gran mesa de trabajo tras la cual se levantó Tomás Anderson.

Tenía poco más de treinta años, según la poca información que había podido encontrar sobre él y que era uno de los españoles más asquerosamente ricos por méritos propios que solo de pensarlo le salía sarpullido de la envidia.

Pero era la primera vez que lo veía realmente. rostro anguloso, cabello castaño claro con un mechón rebelde cayendo sobre la frente. Iba vestido con camisa remangada y pantalones grises, sin corbata. Informal, pero impecable.

Sus miradas se cruzaron.

Sus ojos eran de un verde claro tan intenso que por un momento, Sonia dejó de respirar.

—Así que tú eres Sara Méndez —dijo con una voz grave, un tono neutro pero con una chispa de algo más, de algo que hacía vibrar cada célula de su cuerpo y se apretaba en su nuca.

Sonia sintió que el aire en la habitación cambiaba de densidad.

Capítulo 3:

Tomás Anderson la observó con una intensidad que hizo que Sonia sintiera que cada hebra de su mentira comenzaba a deshilacharse. Su mirada era profunda, de grandes ojos ligeramente rasgados que parecían perforar su alma y averiguar todos sus secretos. El color verde parecía brillar con los rayos de sol que se filtraban por los altos cristales de las ventanas de la oficina, unos ojos que la observaban, detenidamente, de manera tan intensa que Sonia no recordaba que nunca antes lo hubiera hecho otro hombre.

—Así que tú eres Sara Méndez —repitió, cruzando los brazos con una leve sonrisa—. En persona, por fin.

El hombre extendió una mano y le indicó con una mano el asiento que se encontraba frente a él, al otro lado de la mesa.

Sonia se obligó a sonreír. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que se le notara en el cuello. Caminó hasta el asiento frente a su escritorio y se sentó, cruzando las piernas con cuidado para parecer relajada.

—Sí —respondió—. Gracias por recibirme.

Tomás se acomodó en su silla. Su despacho, a pesar del aire minimalista, tenía una atmósfera cálida. Luz natural entraba por una gran ventana a la izquierda, iluminando sus facciones con suavidad. Había algo en él que imponía respeto, no solo por ser el CEO, sino por esa seguridad tranquila que no se puede fingir.

Sin duda su personal no solo lo admiraba por lo poco que había tratado con ellos, sino que parecían sentirse muy cómodos trabajando para él.

—En realidad es un honor para la empresa tener a una profesional de tu nivel.

Sonia se sonrojó violentamente y bajó la mirada. Esperaba que él lo interpretara como un signo de vergüenza ante el cumplido y no de lo que realmente era. Vergüenza, sí, pero por estar mintiendo tan descaradamente haciéndose pasar por Sara y algo de culpabilidad. En realidad no tenía claro cual de las dos emociones ganaba la batalla interna.

—Es una gran oportunidad para mí poder trabajar en esta empresa —aseguró ella haciendo un amago de sonrisa y sonando realmente sincera.

Si había algo de verdad en todo ese asunto era que aquello era una oportunidad para ella. Ya no solo de poder tener un trabajo y no terminar con las maletas en la calle, sino de poder trabajar en una empresa con el reconocimiento internacional como aquella. Sin usar el nombre de Sara Méndez jamás hubiera podido sentarse en esa silla y encontrarse frente a ese hombre.

—No hay necesidad de humildad conmigo.

—No es...

—He revisado tu portafolio —dijo él, interrumpiéndola y entrelazando los dedos sobre la mesa—. Muy impresionante. ¿Cómo se te ocurrió el diseño del menú de Broken Light? Es tan limpio, tan… intuitivo.

Sonia agradeció en silencio haber repasado el proyecto hasta la saciedad con Sara. Su amiga se había puesto histérica con ese proyecto y la había llamado durante días, de madrugada, para que la ayudara con él, para simplemente hablar de él, de las dudas, de si

era mejor una cosa u otra. Sonia recordaba haber deseado estrellar el móvil contra la pared de su habitación y el sueño con el que había ido a su propio trabajo por culpa de eso.

Al menos ahora servía para algo todos esos desvelos.

—Quería que la interfaz no interrumpiera la narrativa. Que el jugador sintiera que estaba dentro del mundo del juego sin distracciones. Usé elementos oscuros, opacos, pero con un brillo sutil en los íconos clave para guiar la vista.

Tomás asintió. Parecía genuinamente interesado. Sonia relajó ligeramente los hombros.

Joder, la próxima vez que Sara la llamara para reventarle los oídos con otro proyecto, en vez de asesinar la pantalla del móvil, la enviaría corazoncitos digitales y la escucharía con verdadero interés.

También recordaría darle las gracias después.

—Eso es exactamente lo que necesitábamos —dijo él—. Muchos diseñadores quieren destacar, pero a veces olvidan que el verdadero protagonista es el jugador. Tu enfoque es maduro. Inteligente.

Ella bajó la vista por un instante. Le costaba aceptar elogios por un trabajo que no era suyo, aunque sí lo había influenciado. En ese proyecto había tantos consejos y sugerencias suyas que casi era un proyecto de las dos.

Aunque ella no se había llevado ningún mérito profesional ni económico por él.

—Gracias, eso intento.

Hubo un breve silencio. Luego Tomás se inclinó hacia delante.

—Y cuéntame algo más personal. ¿Por qué videojuegos? ¿Qué te trajo a este mundo?

Sonia tragó saliva. Esa parte era suya, no de Sara, así que decidió ser honesta… con matices.

—De niña jugaba con mi hermano. Recuerdo que compartíamos una vieja consola y pasábamos horas tratando de resolver niveles imposibles. No entendía nada de programación ni de diseño, pero algo en esos mundos me fascinaba. Más adelante descubrí que podía crear universos desde cero, y quise dedicarme a eso: a diseñar experiencias, atmósferas… emociones. Se dedica una parte del tiempo, una época a empezar, continuar y terminar un juego. Me gusta que algo que yo haya ayudado a crear haga que sea una experiencia difícil de olvidar para alguien más y no una perdida de tiempo.

Tomás asintió lentamente. Estaba completamente centrado en ella, y Sonia lo notó. Cada palabra que decía era escuchada.

—Me gusta eso —dijo al fin—. Crear emociones. Eso es lo que diferencia a un buen juego de uno excelente. Te seré sincero, Sara: no suelo hacer entrevistas tan rápido, pero cuando vi tu portafolio sentí que teníamos que conocerte cuanto antes. Y ahora que lo hemos hecho, no tengo ninguna duda.

Sonia abrió los ojos ligeramente.

—¿Duda sobre qué?

Tomás sonrió.

—Quiero que trabajes con nosotros. En el equipo principal de diseño. Tenemos un proyecto nuevo en fase conceptual y me encantaría que aportaras tu visión desde el principio.

Las palabras le golpearon como un vendaval. Sonia se quedó sin habla durante un instante.

—¿Estás diciendo que…?

—Que estás dentro —confirmó él—. Si tú quieres, claro.

Ella apenas pudo contener la risa nerviosa que le subió por la garganta.

—Sí. Claro que sí. ¡Por supuesto!

Tomás asintió con satisfacción. Se puso de pie y ella lo imitó.

—Bienvenida a Mika Games, Sara Méndez.

Le tendió la mano. Sonia la estrechó con firmeza, sintiendo un cosquilleo extraño en la piel, como una descarga eléctrica que la elevaba del suelo.

—Gracias, Tomás. De verdad.

—Empiezas el lunes. Pero si quieres puedes quedarte el resto del día. Habla con Marcos, él te dará acceso a los archivos y a los canales internos.

—Perfecto. Muchas gracias de nuevo.

Mientras caminaba hacia la puerta, sentía que sus pies flotaban. Justo antes de salir, Tomás la llamó una vez más:

—Ah, y Sara…

Sonia se detuvo y se giró.

—Sí.

—No te preocupes tanto. Aquí valoramos el talento más que los títulos. Y tú, sin duda, lo tienes.

Ella asintió, sin saber si aquello era una frase amable o una indirecta. Pero no importaba, al menos eso pensó mientras salía por la puerta del despacho de Tomás Anderson y se unía al equipo, aceptando consejos, archivos, muchas palabras amables y poco a poco se instalaba.

No, no importaba, porque aunque la llamaran Sara Méndez ella tenía la oportunidad de brillar como Sonia López.

Y ahora más que nunca estaba decidida a demostrar su valor.

Horas después, con el corazón aún agitado y el alma colgando de una nube, Sonia salió de la sede de Mika Games. Caminó sin rumbo fijo por el barrio de Salamanca, dejando que el sol suave del mediodía le acariciara el rostro.

Cruzó un parque y se sentó en un banco de madera bajo un árbol. Varios perros corrían de un lado a otro y el ambiente se sentía tranquilo, en calma, algo que no había podido disfrutar desde que Sara le había sugerido aquella locura. Sin pensarlo demasiado, sacó su móvil y marcó el número de Sara en Nueva York.

—i¿Qué ha pasado?! —preguntó Sara en cuanto atendió, como si realmente hubiera estado pendiente de esa llamada—. ¿Sigues viva?

—No solo viva —dijo Sonia, sonriendo como una niña—. ¡Me ha dado el trabajo!

Hubo un grito ahogado al otro lado de la línea.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Te contrató?

—Sí, yo tampoco podía creérmelo. Estaba tan nerviosa que me temblaban las manos. O los pies. O yo qué sé.

Las dos rieron.

—Pero, joder, Sonia, ni yo me lo creo. ¿Así, tan fácil?

Sonia miró a una mujer que paseaba a a su caniche con una correa y le lanzó una mirada al pasar cerca de ella.

—Sí. Dijo que le encantó el portafolio. Me hizo algunas preguntas, pero nada demasiado complicado. Y me dijo que quería que trabajara en un proyecto nuevo desde el inicio.

Sara soltó una carcajada de alivio.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que podías hacerlo! ¿Y Tomás? ¿Qué tal es?

—Increíble. Muy… centrado. Observador. Me dio la impresión de que me estaba analizando todo el tiempo. Pero nunca mostró sospechas. Me llamó Sara en todo momento.

—Eso es bueno. ¿Y tú? ¿Cómo te sentiste?

Sonia miró hacia el cielo, entre las hojas del árbol.

—Al principio creí que me iba a desmayar. Pero luego, no sé… algo en mí hizo clic. Como si, por fin, estuviera donde debía estar. Aunque no fuera con mi nombre.

Sara guardó silencio por unos segundos.

—Lo importante es que estás allí. Y te lo mereces. Solo no olvides que esto es temporal. En algún momento…

—Lo sé —interrumpió Sonia—. En algún momento tendré que decir la verdad. Pero no hoy.

—Y vale, él es centrado y todo un profesional, pero no me has dicho nada que no sepa yo. Todo el mundo conoce la faceta profesional de ese hombre. ¿Cómo es él en persona?

—Bueno… es guapo.

—¿Guapo?

Sonia hizo una mueca.

—A ver, es muy guapo. Alto, imponente y tiene unos ojos…

Sonia se mordió el labio y escuchó como Sara se reía al otro lado de la línea.

—Esto sí que es una sorpresa. Hasta ahora pensé que no tenías deseo sexual.

—¡Oye!

La misma mujer la miró raro y Sonia sonrió a modo de disculpa y apretó el móvil en la oreja.

—Venga, hoy celebramos —dijo Sara con voz marcada como cuando está actuando—. Esta noche brindo por ti desde Brooklyn. Tú hazlo desde Malasaña o donde te dé la gana.

Sonia rió.

—Trato hecho.

Y colgó. La ciudad seguía a su alrededor, con sus sonidos, su tráfico, su ritmo. Incluso la mujer del caniche, pero algo en Sonia había cambiado. Había cruzado una línea, sí. Pero también había abierto una puerta. Fuera cual fuera y la llevara a donde la llevara.

Claro que sabía que al otro lado la esperaban desafíos, mentiras por sostener, y quizás, algo más. Porque, aunque Tomás le había creído…

Sonia se puso de pie y se estiró fingiendo que nadie la veía o que no le importaba.

Fuera como fuera eso sería un problema para otro día. Hoy pensaba dormir hasta hartarse.

# Capítulo 4

Tomás Anderson se encontraba solo en su despacho, recostado en la amplia butaca de piel negra, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y una media sonrisa bailando en los labios. En la pantalla de su portátil aún brillaba la imagen de un paisaje onírico que Sara Méndez —o mejor dicho, quien se hacía pasar por ella— había diseñado. Había algo en esa imagen que le resultaba desconcertantemente genuino. Demasiado… honesto para una mujer que claramente estaba mintiendo sobre quién era.

Soltó una suave carcajada y se incorporó.

—Qué jodida maravilla —murmuró en voz baja.

Tocó un botón en el auricular de su oído derecho.

—¿Álvaro? Sube un momento.

Pasaron apenas unos segundos antes de que la puerta del despacho se abriera sin que nadie llamara. Álvaro Gutiérrez, su asistente personal desde hacía seis años, entró con su habitual expresión mezcla de escepticismo, sarcasmo y cansancio crónico. Vestía un traje ajustado de lino gris oscuro, con una corbata color vino mal anudada y gafas de pasta negra que le daban un aire más intelectual del que admitía tener.

El cabello oscuro largo lo llevaba recogido como siempre en una coleta bien cerrada en un fuerte y doloroso moño que sin duda debía estar apretando cada membrana de su cuero cabelludo.

—Dime que no me has hecho venir para que te diga lo guapo que eres hoy, porque te lo digo desde ya. No estoy de humor.

Tomás se rió.

—Estoy impresionado con la nueva diseñadora.

Su amigo enarcó una ceja.

—¿Tan buena es realmente Sara Méndez?

—Posiblemente lo sea, sí.

—Bien, entonces felicidades por conseguir contratarla —hizo una exagerada reverencia sin una pizca de humor ni una sonrisa en sus labios y mucho menos en sus ojos castaños—. Ya la tienes como querías así que si solo era informarme de la nueva empleada ya está hecho. Me retiro.

Tomás puso los ojos en blanco. Aún no sabía como podían llevarse tan bien cuando no eran capaces de tener una mínima cosa en común.

—No es Sara Méndez.

Álvaro se giró con una extraña expresión que era difícil saber si era de curiosidad o de hastío.

—¿No lo es? ¿No habías conseguido una entrevista con ella?

—¿Y no recuerdas que nos pareció raro que ella aceptara cuando tenía tantas propuestas que sin duda serían más interesantes que la nuestra?

Álvaro asintió lentamente con la cabeza y se acercó al escritorio con pasos lentos y elegantes. Un rictus se leía en su expresión.

—Vale, ¿qué está pasando?

—Se ha presentado otra mujer haciéndose pasar por ella.

Álvaro parpadeó.

—¿No has dicho que la has contratado?

Tomás se encogió de hombros.

—Creo que es perfecta para Phoenix.

Álvaro entrecerró los ojos, cruzándose de brazos.

—¿Me estás vacilando?

Tomás giró la pantalla hacia él.

—Mira esto.

Álvaro observó en silencio durante unos segundos.

—No está mal… —admitió con reticencia—. Me gusta el enfoque. Aunque también parece salido de una película de Terrence Malick con hongos.

—Esa es la idea —respondió Tomás, girando nuevamente la pantalla hacia él—. Hay sensibilidad. Instinto. No es una copia. Es personal. Y eso es raro.

Álvaro lo miró con una ceja arqueada.

—¿Y piensas seguir con el teatro? ¿Dejarla que use un nombre falso mientras tú le aplaudes como si no pasara nada?

Tomás se levantó, caminando hasta la ventana. Desde allí se veía parte del skyline madrileño, salpicado de terrazas, oficinas y ese movimiento frenético que tanto le gustaba. La ciudad parecía latir bajo sus pies.

—Aún no sé quién es —dijo finalmente—, pero no es Sara Méndez. He conocido a la verdadera. Una vez. En una convención en San Francisco. Tiene acento argentino y una arrogancia que raya en lo odioso. Esta chica no tiene nada de eso. Es… otra cosa. Más sincera, más vulnerable. Y su portafolio, aunque contiene proyectos que reconozco de la verdadera Sara Méndez, tiene algunos que claramente son suyos, que pertenecen a otra mano, a otra persona que no es Sara… Este paisaje onírico es de ella. No es el estilo de la verdadera Sara Méndez.

Álvaro se dejó caer en una silla, resignado.

—Entonces, ¿por qué la contrataste? ¿Por entretenimiento? ¿Por morbo? ¿Porque secretamente te excita el riesgo de que esto se convierta en un escándalo mediático? ¿Crees que dará popularidad a la empresa?

Tomás lo miró con media sonrisa.

—Porque me intrigó. Porque me recordó a mí mismo hace años. Fingiendo seguridad, usando una versión falsa de mí para entrar en espacios donde no me habían invitado.

—Oh, el niño mestizo de Londres que vino a conquistar España con videojuegos y buen peinado. Qué historia tan conmovedora.

—Álvaro…

—¡Vale, vale! —levantó las manos—. Entiendo lo que quieres decir. ¿Pero no crees que, si descubren esto, puede ser un problema serio? No solo legal. También de imagen. Contrataste a alguien bajo identidad falsa. Además, ¿te imaginas la imagen que daríamos si firma como Sara Méndez y se descubre que no es ella? No habría credibilidad, sería como si estuviésemos estafando a nuestros clientes intentando venderles algo que no es real.

—No hay contrato todavía. Técnicamente está en periodo de prueba. Y de todos modos… si la gente supiera cuántos de nuestros empleados han mentido en sus currículos, tendríamos que despedir a medio equipo.

Álvaro resopló.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Esperar a que se derrumbe sola? ¿Confrontarla?

Tomás volvió a sentarse, pensativo.

—No. Quiero ver hasta dónde llega. Quiero entender por qué lo hizo. Nadie se inventa una identidad solo por diversión. Algo la empujó a esto. Necesidad. Miedo. Ambición. Y si esa motivación la convierte en una pieza valiosa para el estudio… ¿quién soy yo para rechazarla?

Álvaro lo observó en silencio.

—Eres el jefe, Tomás. El que toma decisiones difíciles. Es tu decisión. Por mí como si dejas que un jugador hackee el juego solo porque el truco es bonito.

Tomás sonrió.

—El truco funciona. Eso es lo que importa.

Álvaro negó con la cabeza y se puso de pie.

—Solo prométeme que si la chica resulta ser una psicópata que quiere quemar el edificio, al menos me dejas salir por la puerta trasera.

—Hecho —respondió Tomás entre risas.

Álvaro puso los ojos en blanco y se ajustó las gafas con resignación.

—Creo que necesito un cigarrillo. Esta empresa me va a matar.

Cuando Álvaro salió, Tomás se quedó unos minutos más frente a la pantalla. Agrandó el diseño del paisaje onírico y lo observó con atención. Había emoción en cada trazo. No solo técnica, sino vivencias. Algo visceral que no se aprende en una escuela de diseño.

Y lo sabía con certeza: esa mujer, quienquiera que fuera, no estaba allí por azar.

Tomás se reclinó en la silla y entrecerró los ojos. Tal vez estaba cometiendo una locura. O tal vez estaba presenciando el inicio de algo extraordinario.

Porque si algo había aprendido en su vida como gamer, diseñador y empresario, era esto:

Los mejores jugadores son los que rompen las reglas para crear otras nuevas.

Y él, por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de jugar.

# Capítulo 5

El lunes amaneció con un cielo pálido y sin nubes. Sonia se despertó una hora antes de lo previsto, presa de una mezcla de nervios y emoción que no le permitió conciliar el sueño. Su apartamento, modesto pero luminoso, parecía de repente demasiado pequeño para contener todo lo que sentía. Frente al espejo del baño, repasó una vez más su personaje: Sara Méndez. La diseñadora gráfica brillante, segura, cosmopolita. Una mujer con una trayectoria envidiable y una voz firme.

Una mujer que sabía lo que hacía y lo que quería.

Pero lo que Sonia veía era a sí misma: una joven con talento, sí, pero sin títulos prestigiosos ni experiencia internacional. Sin embargo, allí estaba. En la línea de salida de algo grande.

O con un pie en prisión.

Apartó bruscamente esos pensamientos de su cabeza y se dio prisa en ducharse y prepararse.

Llegó a la sede de MIka Games quince minutos antes de la hora acordada. El edificio, moderno y elegante, se alzaba entre otros gigantes tecnológicos en un rincón vibrante de Madrid. Al cruzar la puerta principal, fue recibida por la misma recepcionista amable del primer día que la saludó por su nuevo nombre.

—Buenos días, Sara. El equipo ya te espera en la sala de concepto. Segunda planta, ala izquierda.

—Gracias.

Con un nudo en el estómago, Sonia tomó el ascensor. Las puertas se abrieron a un pasillo decorado con pósters de videojuegos antiguos, que no pertenecían a esa empresa pero que sin duda habían marcado a todos los que se dedicaban a ese trabajo, algunos de los cuales reconoció de su infancia. Eso le dio un poco de calma. Respiró hondo y caminó hacia la sala.

Dentro, encontró a cinco personas reunidas alrededor de una gran mesa blanca. Reconoció a varios. Algunos ya estaban hojeando cuadernos, otros revisaban pantallas. En cuanto entró, todos se volvieron hacia ella. Ruth la saludó con una mano nada más verla y Luca, a su lado, se limitó a sonreír. Clara e Ismael no se veían por ningún lado.

—¡Sara! —exclamó una chica con cabello corto y gafas gruesas—. Qué bueno tenerte aquí. Es una pasada. Soy Julia, asisto a Ruth.

Sonia sonrió y le estrechó la mano. Luego vinieron los demás: Pedro, animador; Leire, artista 3D; Dani, guionista narrativo, y Alex, un joven desarrollador recién ascendido al equipo creativo.

—No se habla de otra cosa en la empresa —dijo Pedro con una sonrisa ladeada—. Esperamos que nos salves del caos que viene. Joder, ¡Sara Méndez!

—Bueno, haré lo que pueda —respondió Sonia, tratando de sonar segura.

Ruth tomó la palabra y proyectó en una pantalla una carpeta titulada "Proyecto Phoenix".

—Este es nuestro nuevo bebé. Aún está en fase conceptual. El encargo es crear un juego narrativo ambientado en un futuro distópico, con un estilo visual que combine realismo con elementos

oníricos. No tenemos nada aún: ni personajes, ni entornos, ni paleta definida. Así que este es el momento para soñar en grande.

Sonia tragó saliva. Sus pensamientos se arremolinaron. No solo tenía que crear algo impactante, sino que debía hacerlo a la altura de una identidad prestada. Julia les repartió tablets gráficas y hojas con prompts creativos.

—Hoy haremos una sesión libre. Cada quien propondrá una idea visual para el universo del juego. Algo que nos inspire a construir a partir de ahí.

Todos se pusieron manos a la obra. Sonia se sentó al final de la mesa, dibujando en silencio. Los primeros trazos fueron tímidos. Su mano temblaba levemente. Miró de reojo los bocetos de los demás: estructuras metálicas, cielos grises, ciudades destruidas. Todo correcto. Previsible.

Ella cerró los ojos por un momento. Pensó en lo que siempre la había distinguido: su forma de ver el color. De mezclar lo imposible con lo íntimo. Recordó un sueño recurrente de su infancia: un bosque sumergido bajo el agua, donde las raíces flotaban como tentáculos y la luz filtrada era de un azul irreal. Tomó ese recuerdo y lo volcó en la pantalla. Usó pinceles digitales con trazos acuosos, capas superpuestas de luz, siluetas difusas de árboles que se curvaban como si estuvieran respirando. El resultado fue un paisaje onírico, silencioso, que transmitía tanto calma como desasosiego.

Una hora después, Ruth los llamó a compartir sus avances.

—Veamos qué se nos ha ocurrido. Dani, ¿quieres empezar?

Uno a uno, fueron mostrando sus conceptos. Sonia se quedó para el final. Julia la miró con curiosidad.

—Sara, ¿nos enseñas?

Con el corazón latiéndole con fuerza, Sonia conectó su tablet a la pantalla.

En cuanto apareció su imagen, hubo un instante de silencio en la sala. Pedro frunció el ceño, acercándose más. Leire se mordió el labio. Dani se cruzó de brazos, pensativo. Julia ladeó la cabeza.

—Guau —dijo finalmente—. ¿Puedes contarnos qué es esto?

Sonia se aclaró la garganta.

—Pensé en un mundo colapsado no solo por la tecnología, sino por el olvido. Un entorno donde la naturaleza no se ha extinguido, sino que ha mutado. Quise representar un bosque sumergido, como si el planeta hubiera comenzado a llorar por dentro. La idea es que los personajes caminen entre árboles flotantes, en un silencio casi reverencial.

Ruth asintió lentamente.

—Esto es... impresionante. No había imaginado una distopía así. Tiene una sensibilidad muy poética.

Pedro asintió también.

—Parece salido de una pesadilla hermosa.

Leire ya estaba tomando notas.

—Podríamos usar esta paleta para el prólogo. Como una introducción onírica antes del mundo real.

Sonia no sabía qué decir. Por primera vez, su trabajo —el suyo, no el de Sara— estaba siendo elogiado sin reservas. Se sintió legítima. Válida. Parte del equipo.

Justo en ese momento, la puerta se abrió. Tomás Anderson entró en la sala.

—¿Estoy interrumpiendo?

Todos se giraron. Julia sonrió.

—Justo estamos viendo las propuestas visuales del nuevo juego. Mira esto.

Tomás se acercó al monitor. Observó el bosque sumergido sin decir nada durante varios segundos. Luego miró a Sonia.

—¿Tuyo?

Ella asintió.

—Sí.

—Es… evocador. No me esperaba este enfoque. Me gusta. Me hace pensar en algo más espiritual. ¿Te inspiraste en algo en particular?

—En un sueño que tengo desde pequeña —confesó Sonia.

Tomás la miró con una expresión difícil de descifrar, una vez más esos ojos, esa mirada que podía entrar en lo más profundo de su alma.

Sonia cruzó con fuerza los brazos alrededor del pecho, como si de pronto necesitara eso para darse calor.

—Buen punto de partida —dijo él finalmente, desviando la mirada de ella para volver a clavarla en la pantalla—. Muy buen trabajo, Sara. Estoy seguro de que esto va a marcar la identidad visual del juego.

Sonia sintió un calor dulce subirle por el pecho. Por un momento, quiso confesarlo todo, decirle que no era Sara, que era alguien con sueños y talento real… pero se mordió la lengua. Aún no.

—Gracias —dijo ella con una voz cargada de emociones que en realidad no quería demostrar.

Él asintió y salió sin más palabras, dejando tras de sí una estela de concentración. Ruth retomó la sesión, pero Sonia apenas podía concentrarse. Sentía que había pasado un umbral.

No solo estaba jugando a ser otra. Estaba demostrando, por fin, quién era realmente. Aunque nadie supiera su verdadero nombre.

Y eso, en ese momento, era suficiente pero no tenía claro hasta cuando lo seguiría siendo.

# Capítulo 6

El cielo de Madrid se había teñido de un rosa pálido, de esos que parecían más propios de una postal que de la ciudad real. Sonia caminaba por la acera con un paso ligero, casi flotando, envuelta en una burbuja de satisfacción que hacía parecer que ni el tráfico, ni el bullicio, ni los cláxones podían tocarla.

Había sido un gran día.

Un día real.

Su bosque sumergido había dejado huella. El equipo entero lo comentó durante el almuerzo. Ruth y Julia la habían mirado con una mezcla de admiración y complicidad, y Tomás... Tomás había entrado en la sala solo para elogiar su trabajo. Un cumplido breve, sí, pero con esa mirada que decía mucho más de lo que las palabras podían contener. No solo le creía capaz. La consideraba inspiradora.

Aunque no sabía su verdadero nombre.

Subió los escalones hacia su piso con las piernas cansadas pero el pecho lleno. Metió la llave en la cerradura y entró. Su apartamento la recibió con el habitual silencio y el olor a madera vieja que tanto le gustaba. Dejó el bolso sobre la mesa del comedor, se quitó los zapatos y caminó descalza hasta el sofá.

Suspiró largo, profundo, como si acabara de soltar una carga invisible.

Sacó el móvil del bolsillo y, sin pensarlo mucho, marcó el número de Sara.

—¿Hola? —respondió su amiga al segundo timbre, con voz dormida.

—¡Sara! Perdona, ¿te desperté?

—¿Tú qué crees? Aquí son las tres de la mañana —respondió con un tono que mezclaba irritación y somnolencia.

Sara siempre había sido de un despertar terrible.

—¡Ay, perdón! No me di cuenta. Es que… ¡tenía que contarte! —dijo Sonia, sin poder ocultar la emoción en su voz—. Hoy fue increíble. Presentamos las ideas para el nuevo proyecto y todos quedaron encantados con mi propuesta. ¡Julia incluso dijo que mi concepto podría definir el arte del juego!

Un largo silencio se filtró por la línea.

—Ajá —respondió Sara finalmente—. Qué bien.

Sonia se detuvo, desconcertada.

—¿Eso es todo? ¿"Qué bien"? Sara, ¡es una locura! No pensé que fueran a tomarme tan en serio, y menos tan rápido. Joder. Esto es mejor de lo que esperaba y… no sé. Tuve miedo de que notaran algo, pero…

—Pero no lo hicieron, claro —interrumpió Sara, seca—. ¿Qué esperabas?

—¿Qué?

—Era evidente que sería un proyecto increíble.

Sonia parpadeó. De alguna manera no sentía esas palabras como un elogio, casi podía sentir el veneno que destilaban.

—¿De qué estás hablando?

—A ver. Las dos sabemos que eres buena. Nadie va a discutir eso a estas alturas. Tienes talento pero no importa como fuera el proyecto que presentaste llevas mi nombre. Mi portafolio. Mi historia. Y ya sabes cómo funciona esto. Si algo lleva la firma de Sara Méndez, automáticamente es brillante.

Sonia parpadeó, como si la frase la hubiera abofeteado.

—¿Perdón?

Sara gruñó algo al otro lado de la línea.

—No te ofendas —continuó Sara, bostezando—. Solo digo que el crédito real no es todo tuyo. O sea, sí, hiciste un dibujo bonito, vale. Seguro que es bueno. Sé mejor que nadie que eres buena en esto, pero no olvides que entraste ahí gracias a mí. A lo que yo represento. No a lo que tú eres.

La alegría de Sonia se desinfló como un globo pinchado. Se levantó del sofá, caminando con el móvil en la mano por el salón.

—Sara… ¿me estás diciendo que sin tu nombre no valdría? ¿Que lo que presenté hoy solo gustó porque pensaban que era tuyo?

—Entraste a esa empresa porque me esperaban a mí, no a una Sonia López que no conoce nadie. Seguramente nadie de ese lugar se hubiera molestado en abrir nada que presentaras. Ni siquiera tratarían de conocerte y mucho menos de aceptar un proyecto tuyo.

—¿Pero qué…?

—A ver, solo estoy diciendo que no te emociones tanto. No es tu éxito del todo. Solo... recuerda tu sitio. No puedes permitirte olvidar que estás usando una identidad que no te pertenece.

Sonia sintió el calor subirle al rostro.

—¿Y tú crees que esto es fácil para mí? ¿Crees que no cargo con culpa cada vez que alguien me llama "Sara"? ¡Estoy haciendo esto porque necesitaba trabajar! Porque estaba desesperada y tú me ofreciste esta salida. Y ahora que las cosas están saliendo bien, ¿vienes a reclamarme?

—¡Lo hago por tu bien! Intento que te des cuenta de la realidad. ¿Quieres intentar presentar un proyecto usando tu verdadero nombre?

—¡Aún cuando use tu nombre! —espetó Sonia, alzando la voz—. El proyecto es mío. Las ideas fueron mías. El talento es mío. Y si algo brilla, no es por tu maldito nombre. Es por mí.

Hubo un silencio. Un silencio denso. Cargado.

Sara resopló.

—Haz lo que quieras, Sonia, solo te recuerdo que sabes que esto no durará siempre y si no eres capaz de centrarte y darte cuenta de lo que estás haciendo puede que toda la mentira te estalle en la cara. Sabes que tienes que salir de allí antes de que alguien se de cuenta de que no eres Sara Méndez.

—Tranquila. Lo sé.

Podía notar la aspereza de su propia voz pero no le importó. Se quedó de pie frente a la ventana, mirando el crepúsculo urbano como si pudiera disolver el ardor que le trepaba por el pecho. Sintió rabia. Tristeza. Un dejo de vergüenza. Todo mezclado en una tormenta sorda.

—Sueno cruel pero es la realidad. No te dije que te hicieras pasar por mí para dejarte vivir en una burbuja, sino para que tuvieras un trabajo mejor pero la realidad es la realidad.

Fue entonces cuando escuchó un ruido detrás de ella y se giró bruscamente. Su hermano la miraba con una expresión indescifrable desde la puerta del salón.

—¿Daniel? —exclamó, confundida.

Su hermano menor entró con dos bolsas coloridas que su madre siempre usaba para la compra. Una en cada mano y una expresión molesta en sus ojos del mismo color que los de ella. Se parecían bastante, a presar de que su hermano había usado toda la estatura que debió repartirse en la familia alcanzando la friolera altura de un metro ochenta. Tenía un cuerpo más delgado que atlético pero tenía una labia que rompía más corazones de los que ganaba.

Les había dado una copia de las llaves de su piso cuando decidió mudarse para que no tuvieran la necesidad de llamar cada vez que subían, un hecho que nunca le había dado mucha importancia ya que no existía un hombre en su vida con el que pudieran encontrarla en la cama pero tampoco había contado con ese tipo de situación.

—¿Se puede saber de qué mierda estás hablando? —gruñó su hermano mirándola acusadoramente mientras escupía cada una de las palabras.

# Capítulo 7

—¿Sonia? ¿Qué está pasando?

Sonia se dio cuenta que aún sostenía el móvil en la mano, aún apretado contra su oreja cuando volvió a escuchar la voz de su amiga al otro lado de la línea y dio un bote, sobresaltada, apartando la mirada de los ojos acusadores de su hermano menor.

—Sofía te tengo que dejar.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Te llamo luego.

—¿Ha pasado algo?

Sonia no respondió. Cortó la llamada dejando a Sofía con la palabra en la boca y se giró completamente hacia su hermano con el teléfono apretado en la mano.

—¿Qué demonios ha sido eso? —demandó Daniel acercándose a ella y soltando las dos bolsas sobre el sofá. Varios tuppers rodaron por el tapizado color verde—. ¿Te estás haciendo pasar por Sara?

Sonia cerró un segundo los ojos, agobiada.

—Sí —admitió.

Total, no había mucho donde mentir.

—¿Te has vuelto loca?

—Sé lo que parece.

—Joder —la interrumpió Daniel pasándose la mano por el pelo, echándolo bruscamente hacia atrás mientras empezaba a caminar en círculos por el pequeño salón—. Mamá y yo preocupados porque te podían haber despedido. Mamá ha cocinado todos los platos que te gustan para animarte. ¡Ha pasado horas en la cocina! ¿Y tú te pones a jugar a ser tu amiga Sara? ¿En qué mierda andas metida ahora?

—Vale, ya, ¿quieres? —gruñó ella levantando la voz para que su hermano se cayera—. Cállate.

Los dos se miraron enfadados.

—¿Que me calle?

—Sí —soltó Sonia de mal humor—. No es por ningún juego. ¡Me echaron! ¿vale? Necesitaba el trabajo.

Los ojos de Daniel se abrieron exageradamente.

—¿Has conseguido un trabajo con el nombre de Sara Méndez?

Por la forma que hizo la pregunta, Sonia sintió que todo el peso de lo que había hecho caía sobre ella como una pesada losa que empezaba a aplastarla.

—Sí, pero…

—¿Te has vuelto loca?

—Sé lo que hago.

Ni ella misma se lo creía. Había decidido hacer esa locura por desesperación, por no tener que renunciar a su sueño y adaptarse a otro tipo de trabajo más accesible, tal vez porque Sara había sido persuasiva y porque ella misma se había querido dejarse convencer.

—¿Lo sabes? Está claro que a Sara no le ha gustado la idea que tomes su nombre para el trabajo.

—Ella me animó a ello.

Esta vez Daniel se echó hacia atrás como si le hubieran abofeteado.

—¿Qué?

—Ella me lo sugirió. Me dijo que había recibido una propuesta para una entrevista en Mika Games y que me hiciera pasar por ella ya que ella estaría en Nueva York.

—Ahora sí que te has vuelto loca.

Daniel se acercó al sofá y se sentó ahí donde encontró un sitio entre las bolsas.

—No es tan terrible.

—¿No? —su hermano levantó la cabeza para mirarla—. ¿Crees que no lo es?

—Bueno, Sara lo sabe, así que…

—¿Así que como la persona a la que suplantas la identidad lo sabes crees que no hay repercusión legal?

—No he dicho eso.

—Bien, al menos me alegra saber que eso sí lo sabes.

—Daniel…

—Y cometes un gran error.

—Sé que no…

—No es eso —la interrumpió Daniel mirándola muy serio—. Sabes que Sara me cae de puta madre. La conozco desde hace años también pero por eso mismo sé que es ambiciosa. Mucho. Y es capaz de arrastrar a cualquiera para conseguir algo. ¿De verdad crees que es tan maja como para dejar que uses su nombre, que firmes con su nombre tus proyectos, solo por echarte una mano?

—Bueno…

Sonia parpadeó, confusa. Tampoco había sido normal la actitud que había tenido por teléfono hacía un momento cuando ella le había contado entusiasmada la manera que habían elogiado su propuesta.

—No, no lo hará —terminó él de hablar y volvió a ponerse de pie—. Sara es lista y sabe que si tu trabajo es mediocre y firmas con su nombre, ese mal trabajo llevará su firma y arrastrará su popularidad. Nunca se arriesgaría a eso.

Sonia escuchó esa afirmación como una bofetada. Directa a la cara.

Era verdad. Ella no era mala. Habían trabajado juntas y Sara conocía su trabajo, sabía que tenía talento, que lo único que necesitaba era una oportunidad y realmente había querido creer que su amiga era quien le estaba dando esa oportunidad de darse a conocer pero tal vez había estado muy equivocada.

—No…

—Estoy seguro que lo entiendes, Sonia —su hermano se acercó a ella y puso las manos sobre sus hombros—. Te quiero, eres mi hermana y no quiero que salgas mucho más herida de lo que supones de todo esto. Tienes talento. No dejes que alguien lo use a su beneficio. Lucha con tu nombre. No te rindas pero no intentes usar el de alguien más cuando ni siquiera conoces sus verdaderas intenciones. Y ni siquiera es legal. Joder, solo de pensarlo me da ansiedad.

Se apartó de ella, otra vez agobiado y Sonia puso los ojos en blanco.

—Tranquilo, ¿vale? Me quedaré en Mika Games para coger un poco más de experiencia en el sector y luego me iré antes de que esto vaya a más. Sin hacer ruido, sin que nadie sepa la verdad y sin consecuencias. Para nadie.

Daniel respiró hondo y asintió despacio con la cabeza.

—Pero intenta que sea cuanto antes. Cuanto más tiempo estés allí más difícil te resultará salir sin daños.

Sonia asintió con la cabeza y señaló los tuppers de comida que había sobre el sofá.

—Y ahora ya puedes empezar a recoger todo eso.

Daniel bufó, alzando una ceja.

—Tu casa, tu comida, tu trabajo.

—¿Qué?

—Bastante que me he molestado en traerlo hasta aquí. La próxima vez mensaje y vienes tu a casa a recogerlo.

—¡Eh!

—Me voy.

Daniel hizo un movimiento con la mano que podía haber significado cualquier cosa.

—¿Hablas en serio?

—Nos vemos… —dijo su hermano abriendo la puerta de entrada y saliendo con actitud dramática antes de cerrar la puerta.

—¡Daniel!

La puerta se cerró completamente con un chasquido y Sonia giró el cuello hacia las bolsas sobre el sofá y todos los tuppers y sintió un estremecimiento.

¿Es que su madre había cocinado para una familia de al menos seis miembros?

—¡Ah! —escuchó los gritos de su hermano desde la escalera dando golpes en la puerta con el puño—. Mamá dijo que le devuelvas las bolsas y también los tuppers cuando los hayas lavado, secado y no

quede ni una gota de grasa en ellos. ¡Y qué pases el domingo por casa a comer!

Daniel volvió a golpear la puerta y Sonia puso los ojos en blanco antes de suspirar y empezar a recogerlo todo.

# Capítulo 8

El sol se colaba entre las persianas de la oficina con una calidez suave, acariciando los escritorios cargados de monitores, tabletas gráficas y tazas de café olvidadas a medio terminar. Sonia llegó puntual, como cada día desde que comenzó a trabajar en Mika Games. A pesar del vendaval emocional que había vivido con su hermano Daniel —que aún no había querido volver a hablar del tema —, o la discusión con Sofía a quien no había devuelto ninguna de las doce llamadas perdidas que tenía desde el día que aceptaron su idea como la imagen del juego, se aferraba a su rutina con una concentración casi militante.

Hoy tocaba seguir con los entornos del videojuego. La fase de arte conceptual estaba más viva que nunca y el equipo creativo hervía de ideas.

—Buenos días, Sara —saludó Ruth, con su sonrisa luminosa de siempre.

Sonia correspondió al saludo con una sonrisa real, no fingida. Ruth se había convertido, en cuestión de semanas, en un ancla emocional. De todas las personas con las que trabajaba, era la que le inspiraba mayor confianza. Y también la más transparente. Tenía una risa contagiosa, ideas brillantes y una franqueza que Sonia agradecía con cada conversación.

Se sentaron juntas en la sala de diseño, una especie de laboratorio de creatividad con paredes forradas de bocetos y pantallas donde se proyectaban las últimas pruebas del juego: Phoenix. Había algo casi mágico en ese espacio, como si cada rincón palpitara al ritmo de los proyectos.

Y le gustaba esa sensación. Era lo que tanto le fascinaba del trabajo que había elegido, aquello a lo que había deseado dedicarse y que ahora más que nunca resultaba como una espina clavada. ¿Y si era verdad que no podría volver a trabajar en un entorno así si no usaba el reconocido nombre de Sara Méndez?

—¿Has visto a Luca esta mañana? —preguntó Ruth mientras se acomodaba en su silla giratoria y la sacaba bruscamente de los siniestros pensamientos en los que se había sumergido.

Sonia la miró de reojo, divertida.

—No. ¿Por qué? ¿Ya lo extrañas?

Ruth puso los ojos en blanco, pero su sonrisa se ensanchó.

—No empieces. Solo preguntaba.

—Claro. Como quien pregunta por el clima.

—¡Oye! —Ruth le lanzó un bolígrafo, que Sonia esquivó riendo—. Es que… me encanta. Lo sé. Soy una tonta. Pero cada vez que se ríe, siento que el corazón me rebota contra las costillas.

Sonia dejó de bromear al ver la expresión de su amiga.

—No eres una tonta. Eres valiente por admitirlo. Aaaah, el amor…

Sonia rió y Ruth volvió a tirarle otro bolígrafo, esta vez añadiendo también un subrayador amarillo.

—La próxima vez va el portátil.

Sonia mantuvo la sonrisa pero levantó las manos en busca de paz.

—¿Él sabe algo? —preguntó recogiendo los bolígrafos y el subrayador.

—¿Luca? Por favor. Es como un golden retriever programando shaders. No ve nada que no sea su teclado.

Ambas estallaron en carcajadas.

El día avanzó entre cafés, reuniones rápidas y revisiones de trabajo. Sonia estaba centrada en los nuevos escenarios de Phoenix: una ciudad flotante inspirada en arquitectura modernista española. Se sentía conectada con la propuesta, como si al diseñarla proyectara una parte de ella que había estado dormida mucho tiempo.

De pronto, se escuchó un golpe seco de papeles contra una mesa.

—¡Chicos! Tenemos un problema —anunció Julia, con el ceño fruncido.

Todos se giraron.

—Acaba de salir el tráiler de "Efhesion", de BlueSoul Studios. Han usado un sistema casi idéntico al que estábamos desarrollando para la interacción de clima en Phoenix. Lo llaman "atmósferas vivas". Y se ve demasiado parecido al nuestro.

Un silencio se esparció como una neblina.

—¿Nos copiaron? —preguntó Ruth, alarmada.

—No lo creo. Probablemente es coincidencia. Pero nos ganaron en tiempo. Si usamos ese sistema, parecerá que lo imitamos nosotros.

Tenemos que replantearlo.

—¿Y qué hacemos con todo el trabajo hecho? —dijo Leire, desde su rincón—. Fueron semanas de pruebas, estructuras de código, ilustraciones…

Julia asintió con pesar.

—Lo sé. Pero no podemos arriesgarnos a parecer una copia. Necesitamos una alternativa. Rápido.

Durante varios minutos, la sala fue un campo de susurros, murmullos tensos, miradas perdidas entre pantallas.

Sonia miró la pared donde aún colgaban los primeros bocetos del mundo acuático que había diseñado. De pronto, una chispa se encendió en su cabeza.

—¿Y si en lugar de clima atmosférico tradicional… usamos clima emocional? —dijo, en voz lo suficientemente alta como para que todos escucharan.

Julia frunció el ceño.

—¿Cómo sería eso?

Sonia se puso de pie y caminó hasta la pizarra digital.

—Imaginen esto: la ciudad flotante de Phoenix reacciona al estado emocional del jugador. Si tomas decisiones éticas, la luz se vuelve más cálida, las plantas florecen, los colores cambian sutilmente. Pero si actúas con violencia o egoísmo, las estructuras se retuercen, el cielo se oscurece, todo se vuelve más opresivo. No es el clima que cambia. Es la psique del protagonista reflejada en el entorno.

Hubo un segundo de silencio. Luego, Ruth dio una palmada sobre la mesa.

—¡Eso es brillante!

Julia la miró con los ojos bien abiertos.

—Es arriesgado. Pero original. Nunca se ha hecho así. ¿Podemos lograr una simulación estable?

Luca ya tecleaba frenéticamente en su portátil.

—Si me das tres días, te monto una demo base. Esto puede cambiar las reglas del juego —aseguró Álex poniéndose también frente a su ordenador.

Sonia respiró aliviada. Julia se cruzó de brazos, sonriendo de lado.

—De acuerdo, Sara. Lo tuyo con las ideas inesperadas se está convirtiendo en un hábito.

La sala volvió a llenarse de movimiento. Todos querían colaborar. Las pantallas se llenaron de bocetos nuevos, flujos de programación y mapas de decisiones.

Mientras tanto, Ruth se inclinó hacia Sonia y le susurró:

—Te debo una cerveza por esta. Y si me ayudas a hablar con Luca… te debo dos.

Sonia sonrió, aún con el corazón acelerado por la adrenalina creativa. Por un momento, todo el peso de las mentiras, los secretos y los miedos pareció desvanecerse entre teclas, ideas y colores. A

—No soy muy hábil con el idioma. El italiano no es lo mío.

—Pues algún día tendrás que decirme qué idiomas son los que aseguras que hablas como si fueras nativa.

La guiñó un ojo y Sonia se quedó un momento congelada.

Mierda.

Se había olvidado por completo que ella no ser Sonia López, sino la brillante Sara Méndez y su amiga hablaba seis idiomas con una fluidez que parecían ser lenguas maternas, algo que también había asegurado en una de las entrevistas que concedió a varias revistas.

Sonia sacudió la cabeza, respiró hondo y trató de centrarse de nuevo, volviendo al trabajo.

Poco antes de que terminara la jornada, Tomás Anderson apareció en la sala. Su presencia siempre imponía, pero tenía una manera casi informal de caminar que le restaba rigidez a su figura elegante.

—Buenas tardes —dijo, con voz grave—. He estado revisando el informe del equipo. La solución que propusiste, Sara, me ha parecido sencillamente fascinante.

Sonia se enderezó en su asiento, nerviosa.

—Gracias, señor Anderson. Fue una idea espontánea…

—Las grandes ideas suelen serlo. —Hizo una pausa, la miró con interés, una vez más esos ojos y Sonia tragó con esfuerzo, negándose a apartar la mirada y añadió—: Me preguntaba si estarías interesada en asistir al Congreso Internacional de Diseño Interactivo

en Londres. Estaremos presentando algunos avances del estudio, y creo que tu visión podría aportar mucho.

Sonia abrió los ojos con sorpresa.

—¿Yo? ¿En Londres?

Tomás asintió, con una leve sonrisa.

—Por supuesto. Sería una gran oportunidad para el equipo. Y para Mika Games.

Sonia apenas pudo articular un "gracias". Sentía que el corazón le golpeaba las costillas con la fuerza de una estampida. Londres. Un evento internacional. Tomás confiaba en ella.

La sonrisa que ya asomaba en sus labios se congeló.

No, Tomás Anderson no confiaba en ella, no confiaba en Sonia López. Para ese hombre esa mujer no existía y sin duda nunca hubiera tenido ningún interés en conocer. Si ella se hubiera presentado con su verdadero nombre, ese mismo hombre le hubiera cerrado la puerta en las narices.

Cuando la miraba, veía un nombre, una etiqueta, una figura poderosa en ese mundo, alguien que podía dar prestigio a su firma, a su empresa, al juego que iban a lanzar.

Él estaba felicitando a un nombre reconocido tal y como Sara se lo había recordado, no a ella.

Lo sabía, ya no se estaba dejando engañar por nada de eso, al menos intentaba recordarlo todo lo posible pero aún planeaba quedarse un poco más.

Y disfrutar de todo aquello, incluso de la presencia de ese hombre, de la mirada que le dirigía aunque no fuera dedicada realmente a ella.

—Sería estupendo —dijo.

# Capítulo 9

Madrid amanecía con una bruma densa que cubría los tejados como un manto de misterio. Desde el despacho en el último piso de la sede de Mika Games, Tomás Anderson contemplaba el perfil velado de la ciudad mientras sostenía una taza de café humeante. Vestido con su habitual camisa blanca remangada y un reloj que no dejaba de mirar, parecía más pensativo de lo normal.

Detrás de él, como una sombra bien instruida, entró Álvaro. Su expresión afilada y mirada como bisturí se clavó en su espalda. Siempre impecable, con su traje gris oscuro y la carpeta de anotaciones en mano.

—Buenos días —saludó sin ceremonia—. A las nueve tienes la reunión con marketing, y a las diez treinta, la videollamada con Londres para coordinar el evento del congreso.

Tomás asintió, distraído.

—Cancelé esa videollamada. Iré en persona.

Álvaro levantó una ceja, como quien huele algo que no encaja.

—Pensé que habías decidido evitar Londres hasta septiembre.

Tomás se giró, dejando la taza en su escritorio.

—Cambio de planes. La idea que propuso Sara sobre el entorno emocional en Phoenix fue demasiado buena como para no mostrarla personalmente. Quiero que la presentemos juntos.

Un silencio tenso cayó como una losa. Álvaro ladeó la cabeza.

—¿Sara? —repitió, con un matiz irónico en la voz—. ¿La diseñadora gráfica que claramente no es Sara Méndez?

Tomás lo miró sin inmutarse.

—Ya hemos hablado sobre eso.

—Sí, y también recuerdo haber hablado sobre las diferentes opciones que hay en casos como este.

—Sí, también los hemos hecho —aceptó Tomás fríamente.

Álvaro le devolvió la mirada sin inmutarse.

Sólido, frío, inmutable y perfeccionista. Aún era un misterio como lo aguantaba. O como Álvaro lo aguantaba a él.

—Por favor, Tomás. La verdadera Sara está en Nueva York y no escribe en redes desde hace meses. Nadie desaparece así de repente... a menos que quiera esconder algo. Esta mujer ni siquiera dibuja con el mismo trazo que los antiguos proyectos de Sara. No me tomes el pelo.

Tomás sonrió levemente.

—Nunca lo hago.

—Estás jugando a juego muy peligroso.

—Lo sé.

—Si es una estafadora, si…

Tomás cerró un segundo los ojos y lo interrumpió alzando una mano que puso entre los dos.

—Lo sé —dijo únicamente, cansado.

Sabía todo lo que había en juego, por supuesto que lo sabía. Esa empresa la había construido poco a poco, con mucho dolor y no quería ver su sueño destruido solo por un capricho, por mucho que ese capricho llamara tanto su atención y le atrajera como un imán.

—O como la mierda a las moscas —le había soltado Álvaro días después de que la falsa Sara se hubiera instalado oficialmente en la empresa y él hubiera reconocido que había algo en ella que le llamaba demasiado la atención.

—Entonces dime la verdad —soltó Álvaro con un suspiro, ajustándose las gafas con una expresión agotada— ¿Por qué te la llevas a Londres? ¿Realmente crees que puede convencer a esos directivos o estás... usando el viaje con otro fin?

Álvaro dio un paso adelante, cruzándose de brazos.

—Porque si es lo segundo, ya sabes lo que pienso. No es buena idea mezclar trabajo con deseos personales. Y mucho menos cuando no sabes el nombre real de la mujer ni las intenciones. Tampoco tenemos en cuenta lo que pueda ocurrir con la verdadera Sara Méndez si usamos su nombre para firmar uno de nuestros proyectos sin su autorización. Ya te dije que eso solo significaría perder credibilidad ante…

—Nunca usaremos el nombre de Sara Méndez.

Álvaro cerró la boca bruscamente y lo miró durante unos segundos.

—¿Entonces? ¿Por qué la llevas a Londres?

Tomás se apoyó en el borde del escritorio, mirando a su secretario con paciencia.

—La llevo a Londres porque la idea fue suya. Y porque quiero ver hasta dónde puede llegar si se le da una plataforma de verdad.

—Pero sabes que no es quien dice ser.

—Y sin embargo, está haciendo el trabajo mejor que la original.

Álvaro negó con la cabeza.

—¿Te gusta, verdad?

El silencio fue la única respuesta durante unos segundos. Tomás se volvió hacia la ventana, observando cómo los primeros rayos de sol rompían la neblina.

No podía usar exactamente la palabra gustar. Lo que le hacía sentir esa mujer era más fuerte que una palabra así. Era atracción, puro magnetismo. Sus movimientos, la forma que curvaba los labios cuando sonreía o la forma en la que le devolvía la mirada.

Era verdad que no era la típica mujer con la que solía rodearse, pero era la primera vez que una mujer le había hecho sentirse de esa manera.

Suspiró.

—No sé si me gusta. Pero me intriga. Me reta. Me hace pensar en cosas que había dejado de pensar.

—Como tener una vida fuera de los videojuegos y los deadlines.

Tomás sonrió con tristeza.

—Algo así.

Álvaro suspiró.

—Mira, si vas a jugar a esto, asegúrate de tener claro el final del juego. Porque si ella cae, te arrastra con ella. Y ya sabes lo rápido que arde la reputación en esta industria.

Tomás asintió.

—Lo sé. Pero también sé que algo auténtico está ocurriendo. Aunque ella no sea quien dice ser, su talento, su entrega... son reales.

Álvaro se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero no digas que no te lo advertí. ¿Necesitas que prepare el itinerario?

—Y los pases para ella. No estoy seguro si esta será su primera vez en el circuito internacional.

—Y prueba a mantener tu racionalidad sobre los hombros. No sacarás nada bueno de dejarte llevar por lo de más abajo.

Tomás le lanzó una mirada agria y Álvaro sonrió y borró la sonrisa con la misma rapidez, con esa complicidad ácida que compartían desde hacía tiempo.

—Solo es un viaje de trabajo.

Álvaro bufó.

—Por supuesto.

Se dio la vuelta y salió del despacho sin volver a decir nada. Tomás siguió mirando por los cristales.

Afuera, Madrid empezaba a despertar por completo. El movimiento empezaba a ser frenético, los comercios abrían sus puertas, el trafico se agitaba y una leve llovizna salpicaba las calles.

# Capítulo 10

El rugido constante del avión se mezclaba con el zumbido suave de los pensamientos de Sonia. Miraba por la ventanilla, donde las nubes formaban una alfombra ondulante bajo el cielo plomizo. Era su primer viaje internacional y no podía evitar sentir ese cosquilleo de excitación.

A su lado, Tomás hojeaba una carpeta de documentos con una calma concentrada. Llevaba una camisa azul oscuro arremangada, y su aroma a madera, café y colonia cara llenaba el reducido espacio entre ellos. Sonia había intentado leer también, pero su atención no podía apartarse de él. Había algo inquietante en lo cercano que se sentía su presencia.

—Estás inquieta —dijo él, sin apartar la vista de los papeles.

—Un poco. Es mi primer congreso...

Sonia se quedó completamente inmóvil, fría, dándose cuenta de lo que estaba diciendo. Joder. ¿Sara alguna vez había ido a uno de esos? Había viajado mucho y sin duda en alguno de esos lugares se habría dejado ver, incluso aunque no se hubiera presentado formalmente para preservar su intimidad.

—Lo harás bien. La presentación está impecable. Y eres buena improvisando —dijo en cambio Tomás como si no hubiera notado su desliz.

Sonia lo miró, sin saber si lo decía como un cumplido profesional o una referencia velada a su gran actuación como impostora. Tomás la miró también, sus ojos oscuros sostenían una especie de cómplice curiosidad.

Durante unos instantes los dos se miraron a los ojos, sin decir nada.

—Gracias —dijo ella finalmente, tragando saliva y apartó la cabeza.

Podía notar como un calor subía por su estómago y prefirió no pensar en ello. Sabía que sentir algo por ese hombre era un error.

Por muchos motivos, de hecho, pero el más importante era que una vez saliera de esa empresa, algo que no tardaría en llegar a menos que deseara verse en serio entre rejas, no volvería a verlo.

—¿Has estado alguna vez en Londres?

Sonia cerró los ojos y trató de improvisar. Al menos sabía que Sara había estado mayormente en estados unidos.

—No, es la primera vez.

—Te encantará.

Sonia volvió a mirarlo. Él sonreía, una sonrisa preciosa que iluminaba un rostro ya atractivo por sí solo, algo que hasta una niña de no más de cinco años también debió de notar porque no dejó de mirarlo durante al menos diez minutos.

—Creo que tienes una admiradora —aseguró Sonia.

—¿Hm?

Tomás la miró confundido y Sonia señaló a la niña con la cabeza.

—Ella.

Los ojos del hombre se apartaron con lo que a Sonia se le antojó esfuerzo, intensificando el calor de su estómago y clavó la mirada en la niña rubia que empezó a sonreír entusiasmada.

Tomás alzó una ceja e inclinó el cuerpo hacia ella sin dejar de mirar a la niña que intentaba bajarse del asiento.

—¿Crees que debería ir a darle un autógrafo?

Sonia sonrió y también se estiró hacia él, prácticamente pegándose a su cuerpo. Desde esa distancia podía sentir el calor que emanaba de su fibroso cuerpo y Sonia se obligó a centrarse.

—Creo que su madre te miraría bastante raro solo con acercarte a su hija.

—¿Eh? Pero mírala, es ella la que claramente me está acosando.

Sonia puso los ojos en blanco.

—Oh, venga, tendrá cinco años. Supéralo.

Tomás se giró el cuello violentamente para mirarla y Sonia contuvo la respiración cuando las dos narices chocaron, suavemente y se miraron a los ojos, sorprendidos.

Ya no solo podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Tomás, sino que podía sentir su propio calor aumentando como si hubiera encendido una hoguera dentro y le estuviera echando leña constantemente. Sonia sintió como la garganta de Tomás se movía al tragar. Tomás no se movió y ella tampoco. Ninguno habló y sintió como su propio cuerpo se movía, salvando la distancia que le separaba de sus labios cuando unas manos se agarraron a la chaqueta de Tomás y los dos se apartaron sobresaltados para mirar

a la niña rubia que acababa de agarrar a la chaqueta de Tomás con unas manos llenas de lo que presumiblemente, Sonia imaginó sería chocolate.

—Genial… —escuchó que Tomás decía mientras Sonia no podía evitar echarse a reír—. Bien, al menos alguien que se divierte. ¿No puedes echarme una mano?

Sonia sin dejar de reír sacudió una mano en su dirección.

—Es mi blusa favorita, lo siento —siguió riendo.

—Muchas gracias —gruñó él también divertido.

La madre, que se había quedado dormida, se despertó bruscamente y al ver que su hija no se encontraba al lado, se levantó de golpe, clavando la mirada justo en la cabeza de pelos enmarañados rubios que tampoco habían sobrevivido a la pasta de cacao e irremediablemente a las manos cubiertas de esa misma sustancia que tiraban de la chaqueta de Tomás.

—Oh, Dios mío —exclamó la mujer horrorizada, acercándose a ellos en dos pasos y prácticamente arrancó a la niña de la ropa de Tomás —. Cuanto lo siento. Puedo...no sé… ¿intentar limpiar la mancha? ¿Te compro una chaqueta nueva? ¿Te doy el dinero?

—No tiene importancia —aseguró Tomás restándole importancia al asunto—. En cuanto bajemos me cambiaré.

—De verdad que lo siento mucho…. Luna no suele acercarse a extraños, no sé qué le ha pasado…

—No pasa nada —insistió Tomás amablemente, despidiéndose de la niña con una mano y una sonrisa consiguiendo que Luna intentara

volver a acercarse a él y su madre tuvo que cogerla en brazos para volver a sentarla en su asiento.

—Felicidades —dijo Sonia entre risas.

Tomás la miró ladeando la cabeza.

—¿Por las manchas en mi chaqueta?

—Porque posiblemente esa niña te ha confundido con un príncipe de Disney.

Y soltó una carcajada.

Tomás también rió.

—Genial, eso me deja en muy buen lugar.

Antes de poder seguir hablando y con Luna aún tratando de girar medio cuerpo para seguir mirando a Tomás, el avión comenzó a descender. Londres apareció como una postal gris plata, con sus tejados uniformes, su río trenzado de puentes, y una llovizna que parecía permanente. Una vez en tierra, un coche negro los llevó al hotel boutique cerca de South Bank. El lobby tenía aroma a madera barnizada y jazz suave sonando por los altavoces.

Las habitaciones estaban en pisos contiguos, y tras una ducha rápida y un cambio de ropa, Sonia bajó al salón para encontrarse con Tomás, quien la esperaba en un sillón de cuero junto a una chimenea artificial.

Se levantó nada más verla.

—Estás diferente.

Sonia puso los ojos en blanco y dejó escapar una risa nerviosa. Había elegido un vestido midi negro, sencillo pero elegante, unos zapatos con tacón que se cerraban en su tobillo con una correa y por último había optado por un recogido natural, nada sofisticado, aunque más bien tampoco sabía hacer otro tipo de peinados.

—Espero que sea para bien —dijo intentando restar importancia al momento, admirando el modelo desenfadado de Tomás, con una camisa verde y unos pantalones negros. Se suponía que era un estilo informal pero Sonia suponía que ese tipo de hombre podían parecer de gala incluso con un pijama a cuadros.

—Diría que estás espectacular.

Se acercó a ella y agarrando su mano, dejó un breve beso sobre los nudillos, haciendo que Sonia mirara el movimiento fascinada antes de parpadear, asombrada, notando como todo su cuerpo se estremecía, desde los dedos de los pies apretados en sus zapatos, hasta el cuero cabelludo que se erizó como el pelaje de un gato.

—¿Por qué no vamos a cenar? —se interesó, retirando sin demasiado disimulo los dedos de la mano de Tomás y dio un paso hacia atrás para poder recuperar un poco de aire y fingir que no eran de ella esos fuertes latidos.

—Por supuesto.

Tomás la invitó con una mano a pasar primero y Sonia caminó a su lado hasta el restaurante.

El restaurante del hotel era íntimo, con luz tenue y mesas discretamente separadas. Compartieron una botella de vino tinto mientras repasaban la agenda del congreso y degustaban unos

platos que Sonia no había probado en su vida y que la hacían añorar las albóndigas y la lasaña de su madre que seguía en el congelador.

—¿Tienes hermanos? —preguntó él mientras partía un trozo de pan con los dedos y Sonia lo miró como si estuviera ante la exhibición de una ceremonia del té japonés y se obligó a desviar la mirada hacia su plato.

—Sí. Uno. Menor. Es... protector. A veces demasiado. —Sonia rió y bebió un sorbo de vino—. ¿Y tú?

—Una hermana mayor Vive en Brighton con sus tres hijos y un marido que no entiendo cómo la soporta. Es brillante, pero tiene un carácter...

—¿Como tú? —lo interrumpió con una ceja levantada.

—Peor —bromeó, y ambos rieron—. Vale, cuéntame algo más sobre ti.

Sonia se puso de golpe a la defensiva y agarró la copa de vino para poder disimular su malestar.

—¿Como qué? Mi vida es muy aburrida.

La suya podía ser, pero la de Sara Méndez era perfecta para escribir un libro de aventuras.

Tomás se inclinó sobre la mesa y Sonia estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—¿Me estás diciendo que la vida de una de las creadoras más famosas de la industria es aburrida? No lo creo. Solo hace falta ver las redes sociales.

Sonia se limpió la boca con una de las servilletas decoradas y carraspeó.

—Es solo fachada.

Se encogió de hombros y miró hacia otro lado, pensando en sacar algún tema de conversación que desviara la atención sobre Sara Méndez. No podía evitar sentir incomodidad por las mentiras de las respuestas, pero también le fastidiaba que su interés estuviera en Sara, no en la mujer que tenía delante.

—Podría ser —aceptó él—. ¿Y el poco interés en mostrar tu rostro? Nunca te has sacado una sola foto donde se te vea el rostro completo, solo ángulos raros.

Sonia bufó y le lanzó una mirada.

—¿Y qué hay de ti? —le provocó—. ¿No eres el empresario más esquivo del planeta? No concedes entrevistas.

—Alguna sí —se defendió él con una sonrisa.

—¿Y qué me dices de las fotos?

Él hizo una mueca y también agarró su copa de vino.

—Nunca me han gustado las fotos.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—De acuerdo, te gusta mantener tu espacio y tu intimidad.

—Exacto.

Sonia suspiró aliviada de haber conseguido superar la conversación y trató de acomodarse en la silla, moviendo las piernas para cambiar de postura y sintió como su pie rozaba sutilmente la pierna de Tomás.

Se quedó completamente petrificada.

Solo fue un instante, un par de segundos antes de que apartara corriendo la pierna como si la hubieran quemado pero Sonia vio como el cuerpo de Tomás se ponía rígido, disimulándolo rápidamente con una nueva pregunta, una vez más, en algo relacionado con Sara Méndez.

Tras la cena, caminaron juntos hacia el ascensor, envueltos en un silencio que no era incómodo, sino cargado de algo mucho más intenso, más sexual, lleno de todo aquello que habían acumulado en la cena. Al llegar, las puertas se abrieron con un susurro metálico y entraron. Estaban solos.

Sonia se agachó un poco para ajustarse la cinta rebelde del zapato izquierdo. En ese instante, alguien se acercó para entrar. Ella, al incorporarse apresuradamente, perdió el equilibrio y cayó contra Tomás, su cuerpo encajando de forma inesperada, perfecta, contra el de él.

Sus perfumes se entrelazaron como una caricia invisible. Las manos de Tomás la rodearon por la cintura, firmes pero suaves, como si temiera soltarla demasiado pronto.

—¿Estás bien? —murmuró, su voz más grave, más cercana que nunca.

Sonia asintió, el corazón desbocado, consciente del calor de su cuerpo, de la proximidad de sus labios, del leve temblor que cruzó

su espalda.

—Sí... lo siento. Siempre me traicionan los tacones —dijo en un suspiro, sin moverse.

—Ojalá todas las caídas fueran así —respondió él, apenas un susurro entre ellos, sin apartarse, como si ese instante pudiera alargarse para siempre.

Las puertas del ascensor se cerraron lentamente, sin que al final subiera nadie más. No pasó nada más. Pero lo no dicho pesaba, ardía. La tensión entre ellos era palpable, como una chispa a punto de encenderse. El ascensor subía, lento, como si el universo también contuviera el aliento.

Tomás no se apartó. Su mano seguía en la cintura de Sonia, cálida, protectora, pero también deseosa. Ella alzó la vista, y lo encontró observándola, sus ojos fijos en los suyos como si buscaran algo que ya habían encontrado.

—Tomás... —susurró, con la voz hecha de duda y deseo.

No respondió con palabras. Solo se inclinó lentamente, dándole tiempo para alejarse, para decir que no. Pero ella no se movió. No quería. Su aliento se mezcló con el de él, y sus labios se encontraron con una suavidad que desarmó cualquier defensa.

El beso fue lento al principio, casi tímido. Pero la calma duró apenas unos segundos. La cercanía acumulada, las miradas, el roce de cuerpos en ese espacio estrecho... todo explotó en un segundo encuentro más profundo, más intenso. Las manos de Tomás ascendieron por su espalda, mientras las de Sonia se aferraban a su camisa como si pudiera anclarse allí.

El ascensor se detuvo con un leve sonido. Las puertas no se abrieron. Estaban en el último piso.

Se separaron solo lo justo para mirarse.

—¿Tu habitación está muy lejos? —preguntó él, con una media sonrisa y la voz todavía tomada por el momento.

—No. Pero puedes acompañarme —respondió ella, sin molestarse en mirarlo, como si realmente no estuvieran hablando de aquello, pero segura por primera vez desde que se había hecho pasar por Sara de lo que quería.

La tarjeta pasó por la ranura con un pitido suave, y la puerta se abrió ante ellos. Sonia entró primero, encendiendo apenas una lámpara junto a la cama. La luz cálida envolvió la habitación en un tono ámbar, suave, íntimo. Tomás cerró la puerta tras de sí con calma, como si el mundo quedara fuera en ese instante.

Se quedaron un segundo de pie, frente a frente. La respiración de ambos seguía agitada, como si el ascensor no hubiese terminado de subir. Había algo en el aire, una electricidad que no se disipaba, que se hacía más intensa con cada segundo de silencio.

Sonia fue la primera en moverse. Se acercó despacio, como si cada paso fuera una decisión. Tomás la recibió con una mirada cargada de deseo contenido, pero también de ternura, como si temiera romper el momento con un gesto precipitado.

Cuando volvió a besarlo, lo hizo con la suavidad de quien quiere memorizar un rostro con los labios. Sus manos buscaron su cuello, su nuca, su espalda. Él la rodeó con los brazos, pegándola aún más a él, como si la necesitara cerca para poder respirar.

El mundo se redujo a la piel, al roce, al susurro de la ropa cediendo lentamente. No hubo prisa. Solo descubrimiento. Caricias que hablaban más que las palabras, besos que se alargaban como promesas, miradas entrecortadas en medio de la penumbra.

Sonia retrocedió, guiándolo con las manos hasta el borde de la cama. Se sentaron juntos, sin dejar de besarse, como si el tiempo ya no tuviera sentido. Sus cuerpos se fueron reconociendo, piel con piel, latido con latido.

Nada era ruido. Nada era exceso. Todo era tacto, aliento y deseo contenido que, poco a poco, encontraba su lugar.

Y cuando por fin se quedaron en silencio, envueltos en la misma respiración, el mismo pulso compartido, no fue solo la pasión la que los cubrió como una manta cálida, sino la certeza de haber cruzado una línea invisible que ninguno de los dos había planeado traspasar.

## Capítulo 11

Sonia abrió los ojos con la pesadez de alguien que no ha dormido más de dos horas. Tomás, por supuesto, no estaba en la cama. Recordaba haberlo escuchado moverse a su lado, apartarse, levantarse y salir de la habitación.

La mañana londinense había amanecido gris, con una neblina persistente que abrazaba los ventanales del hotel como si quisiera impedir que los huéspedes salieran. Sonia se miró en el espejo del baño mientras se abrochaba la blusa blanca, sencilla pero elegante, con un nudo de nervios en el estómago. Las ojeras no favorecían la palidez de su rostro pero estaba segura que tampoco lo hacían los remordimientos.

—Joder, Sonia, enhorabuena, te has acostado con un tío que se cree que eres otra persona.

Al menos el sexo había sido increíble, algo para recordar una vez hubiera dejado el nombre de Sara Méndez como una figura sobre un mueble a la que para lo único que sirve es para que se llene de polvo.

Suspiró.

Fuera como fuera lo de esa noche no se volvería a repetir. Ni con vino, ni con miradas que eran capaces de ponerla en ebullición igual que a un volcán latente que entra en erupción, ni con tropiezos que literalmente lo lancen sobre él.

Joder, como tocaba ese hombre…

Sonia se obligó a borrar de golpe los pensamientos de la noche anterior.

No se iba a repetir.

Punto.

Se colocó unos pendientes discretos y respiró hondo. Había venido a Londres a representar una identidad ajena, sí, pero también a demostrar que no necesitaba esconderse tras un nombre para tener talento.

En el desayuno, Tomás la esperaba en una mesa junto a una ventana empañada. Llevaba una chaqueta gris oscuro, perfectamente ajustada, y una expresión tranquila que a ella le pareció casi irónica. ¿Estaba tan calmado o solo lo fingía mejor que

ella? Le hizo unas señas con la mano y Sonia comprobó que estaba en una llamada.

Desayunaron en silencio, al menos ella, ya que Tomás casi no probó el suyo, miró constantemente la hora y pareció molesto por algo en una conversación que era íntegramente en inglés. Sonia agradeció aquello. Honestamente no sabía como tenía que enfrentar la mañana después de haberse acostado con quien se suponía era su jefe.

El centro de convenciones donde se celebraba el London Interactive Media Summit era imponente. Pantallas gigantes proyectaban avances de videojuegos, charlas de diseñadores reconocidos, paneles con ilustraciones digitales e instalaciones inmersivas que mostraban cómo el arte se transformaba en experiencia lúdica.

El aire olía a café, cables y ansiedad. Sonia caminaba al lado de Tomás y un par de directivos de Mika Games que se habían unido a ellos a la entrada del hotel, con una credencial colgada al cuello donde brillaba en letras grandes: "Sara Méndez, Lead Concept Artist".

Pasaron por una zona de exposiciones donde varias empresas mostraban sus procesos de diseño. Una pared proyectaba arte conceptual en tiempo real, con bocetos que mutaban en paisajes digitales. Sonia se detuvo por un instante, maravillada.

—¿Te interesa esa técnica? —preguntó Tomás a su lado.

—Sí. Se parece a una herramienta que usábamos en la facultad, pero mucho más refinada. Me gusta cómo deja espacio a la espontaneidad.

—Me encantaría verte probarla luego. Si quieres, lo coordinamos.

Sonia asintió, y mientras caminaban hacia la sala donde se realizaría su ponencia, alguien llamó su atención. Una mujer alta, de cabello rizado, la saludó desde un stand cercano.

—¡Sonia! ¡Sonia López! ¿Eres tú?

Sonia sintió que el corazón se le detenía. La mujer era profesora en la facultad de Bellas Artes en Madrid. No la conocía bien, solo había coincidido un par de veces en su clase pero al parecer ella sí la recordaba lo suficiente como para saber que podía poner en duda su identidad en un segundo.

Se giró hacia la mujer y adoptó una expresión que esperaba mostrara más seguridad de la que sentía.

—Disculpa, creo que se ha equivocado de persona.

—¿Cómo?

La mujer parpadeó, sin comprender.

—Yo no soy la persona que busca —aseguró con indiferencia.

Tomás, a su espalda, parecía muy atento a lo que estaba sucediendo y Sonia maldijo mentalmente. Era evidente que algo así podía ocurrir pero tampoco conocía a demasiadas personas de ese mundo que aún la recordaran que fueran a hacer un viaje a Londres a ese tipo de convención.

—Ah —la mujer pareció de pronto confusa. Sonrió nerviosa—. Lo siento. Hubiera jurado que eras una de mis alumnas. Una brillante, por cierto. Esperaba llegar a escuchar su nombre pronto cuando terminó los estudios y me había hecho ilusión encontrarte aquí —

puso los ojos en blanco—, si hubieras sido ella, claro. Tenía una amiga que sí triunfó mucho. Seguro que la conocéis, es Sara…

Sonia dio un grito, sobresaltando a todos. Tomás se revolvió a su lado y varios rostros se giraron a mirarlos, deteniéndose para observar qué ocurría. Su profesora simplemente enmudeció sorprendida, parpadeando una vez más, confusa con la situación.

—Perdone —dijo Sonia con una risa tonta—. Me acabo de acordar que quería participar en una presentación y va a empezar enseguida. Si no le importa…

La mujer sacudió la cabeza, no muy segura de como reaccionar.

—No, por supuesto…

Se apartó y Sonia miró a Tomás para que la siguiera.

—¿Qué ha sido eso? —se interesó Tomás caminando a su lado con facilidad.

Sonia lo miró de reojo.

—Una mujer que se había confundido.

—Ya… ¿pero no crees que fuiste un poco seca dejándola con la palabra en la boca?

—Pero empieza la presentación—protestó ella poniendo su voz más inocente y Tomás alzó una ceja sin decir nada más.

La sala de presentaciones tenía una tarima de madera clara y un fondo de pantalla envolvente. Sonia caminó hasta el atril con las piernas temblorosas. Respiró hondo. Las luces eran cálidas, el

público silencioso, expectante. Tomás se sentó en primera fila, ladeado en su silla, como si quisiera demostrarle que estaba ahí, atento, confiando en ella.

Comenzó su ponencia.

—Cuando pensamos en mundos virtuales, solemos imaginar escenarios imposibles, criaturas fantásticas. Pero para que funcionen... deben parecer reales, incluso si no lo son.

Su voz, al principio temblorosa, fue ganando firmeza. Habló del proceso artístico, mostró bocetos —algunos suyos, otros de Sara—, explicó cómo una simple paleta de colores podía influir en la emoción del jugador. Usó ejemplos del nuevo proyecto de Mika Games sin revelar detalles, solo lo justo para deslumbrar.

Cuando terminó, los aplausos fueron cálidos, incluso entusiastas. Bajó de la tarima con una mezcla de alivio y adrenalina en el cuerpo.

Tomás la recibió con una sonrisa.

—Impecable.

Ella lo fulminó con la mirada, entre divertida y nerviosa.

—Estaba muy nerviosa.

—A mí me pareció que estabas hecha para eso.

Sonia sonrió, bajando la mirada, agradecida. Tampoco supo que responder. Caminó junto a él en silencio, mientras a su alrededor el congreso seguía girando como un universo paralelo de luces, pantallas y voces. Y por primera vez, sintió que, aunque su nombre

fuera otro, la que estaba allí, la que acababa de triunfar en una sala repleta de creativos, era realmente ella.

Sara o no, Sonia estaba empezando a ser visible.

# Capítulo 12

La luna colgaba sobre Londres como una farola antigua, envuelta en neblina. Desde el ventanal de su habitación, Sonia observaba el reflejo del Támesis dibujando curvas lentas entre los edificios iluminados. Tenía el cabello recogido en un moño desordenado, las mejillas aún le ardían de los nervios del día, y el eco de los aplausos aún palpitaba en sus oídos. La presentación había sido un éxito, pero la sensación de estar viviendo una historia que no era suya le dejaba un vacío que no podía ignorar.

Se sentó al borde de la cama, descalza, con los pies sobre la alfombra mullida del hotel. Jugaba con el borde de la manta sin pensar, mientras su mente repasaba cada detalle de la charla. Había improvisado más de lo que hubiese querido, pero sus palabras fluían con autenticidad. Era su talento lo que había hablado, no el nombre que llevaba colgado del cuello. Y eso, por contradictorio que fuera, le dolía.

Llamaron a la puerta. Sonia se sobresaltó, se puso en pie rápidamente y se arregló el escote de la blusa antes de abrir. Al otro lado, Tomás, con una chaqueta de cuero ligera y una sonrisa discreta, la miraba como si supiera que había estado debatiéndose consigo misma.

—Pensé que tal vez querrías caminar un rato. El aire fresco ayuda a digerir las emociones fuertes.

Ella dudó un instante, pero asintió.

—Dame un segundo para ponerme los zapatos.

El aire de la noche era frío pero agradable. Caminaban por Southbank, donde los faroles dibujaban halos dorados sobre el

empedrado húmedo. El murmullo del río y las risas lejanas de otros transeúntes llenaban los huecos del silencio cómodo entre ellos.

—No está mal Londres por la noche, ¿eh? —comentó él, con las manos en los bolsillos.

—Tiene algo... íntimo. Como si la ciudad bajara el volumen para que puedas pensar.

Tomás sonrió.

—Eso mismo me decía mi madre. Ella era de Granada. Siempre decía que las ciudades grandes no tienen corazón, pero sí memoria. Y por la noche, cuando se callan, escuchas sus recuerdos.

Sonia lo miró de reojo.

—Nunca hablas mucho de tu familia.

—No hay mucho que contar. Mi madre murió hace cinco años. Mi padre vive en Kent, aunque nunca fue muy cercano. A veces me pregunto si alguna vez supo que yo no iba a seguir su camino.

—¿Y cuál era su camino?

—La banca. Frialdad, trajes, cifras. No juegos. No arte.

Se detuvieron frente a un banco, mirando el río.

—Y tú, Sara... —dijo, y Sonia sintió un vuelco en el pecho al escuchar el nombre prestado—, ¿de dónde viene tu pasión por diseñar mundos?

Ella tragó saliva.

—De querer escapar. Supongo que... durante mucho tiempo me sentí invisible. Como si los demás siempre brillaran más. Dibujar fue mi forma de existir. Si no podía ser la protagonista de mi historia, al menos podía crearla.

Tomás la observó en silencio. El viento le desordenaba un poco el flequillo, y había algo en su expresión que rozaba la ternura.

—No pareces invisible. No esta noche.

Se quedaron un momento así, sin hablar, solo dejando que la noche les cubriera como un abrigo cálido. Luego retomaron el paso, y Tomás deslizó su brazo junto al de ella, rozándola apenas. Sonia no se apartó.

De vuelta en el hotel, el ascensor subía con un zumbido suave. Ninguno se dio prisa en hablar; solo se miraron, esa complicidad que hacía tiempo, casi siglos, que Sonia no sentía por nadie. Quería repetir lo de anoche pero tampoco se atrevía a proponerlo, pero también sabía que el tiempo corría y para ella lo hacía demasiado rápido. Sonia no sabía cuando tiempo más podría quedarse en Mika Games, ni siquiera sabía si realmente Tomás le había hecho el amor pensando en ella como Sara Méndez o había sido a la mujer que tenía frente a él a quien había deseado realmente.

Se mordió el labio.

Las puertas se abrieron y un hombre con una maleta entró con prisas. Ellos se limitaron a mantenerse inmóviles en los extremos opuestos donde se habían apoyado, aún mirándose pese a la enorme figura del hombre dentro del ascensor y solo cuando las

puerta volvió a abrirse y todos bajaron, Sonia caminó lentamente, sintiendo como Tomás se ajustaba a sus pasos.

Tomás se giró hacia ella.

—¿Quieres tomar una copa? Tengo vino en mi habitación.

Sonia ladeó la cabeza, mirándolo de refilón y se detuvo.

—¿Es lo que realmente quieres preguntarme? —soltó sin vacilar.

Él también se detuvo, girándose para quedar frente a ella y se metió las manos en el bolsillo. Sus ojos volvieron a buscar los de ella y sonrió.

—¿Quieres pasar la noche conmigo?

Sonia agradeció que no hubiera usado ningún nombre para llamarla en ese momento y también sonrió.

—Por supuesto.

La habitación de Tomás era idéntica a la suya, pero parecía más cálida con la luz tenue de las lámparas. Fueron directamente a la cama. Sonia se sentó sobre el edredón y Tomás se inclinó sobre ella, dejando una rodilla entre sus piernas y la besó, un beso íntimo, intenso, sus lenguas unidas, entrelazadas mientras las manos de él recorrían con suavidad su cuello, deslizando la yema de los dedos a través del vestido, acariciando sus pechos con suavidad a través de la tela y Sonia dejó escapar un jadeo de protesta.

—Sin ropa —pidió.

Tomás rió en su oído.

—Traviesa…

Sonia sonrió y ayudó a los hábiles dedos de Tomás a desprenderse del vestido, quedándose solo en ropa interior y Tomás también se tomó su tiempo de quitar el sujetador negro, apretando sus pechos y mordisqueando sus pezones antes de tirar de él y apartarlo a un lado.

Sonia deslizó una mano al pantalón de Tomás, frotando con los dedos su erección apretada en los pantalones y lo escuchó ahogar un jadeo dentro de su boca. Sonrió e intensificó el movimiento, mientras que con su mano libre abría la bragueta del pantalón y liberaba el pene de Tomás.

—No hace falta que te apresures —ronroneó él en su oído y Sonia dejó escapar una risa fácil, pegando su mejilla a la de él cuando Tomás estiró sus braguitas y las dejó caer por sus piernas.

Sonia sintió como el extremo del pene acariciaba su entrada antes de hundirse en su humedad, suavemente, arrancando un gemido de su garganta.

Por un momento Tomás no sé movió, permitiendo que se acostumbrara a él y después empezó con movimientos lentos, hundiéndose una y otra vez dentro de ella mientras empujaba su cuerpo sobre la cama.

Sonia podía escuchar sus propios gemidos con cada una de las embestidas, la manera que el placer le hacía tener pequeños estremecimientos hasta que todo su cuerpo vibró, alcanzando el orgasmo, no mucho antes de que el cuerpo de Tomás se tensara, eyaculando tras unas fuertes embestidas. Después la besó.

Un beso largo, profundo mientras la mano de él acariciaba su cabeza.

—¿Estás bien?

Sonia sonrió y él se apartó desplomándose a su lado, en la cama, antes de agarrarla por la cintura y pegar su cuerpo al de ella, en silencio, sin decir nada más.

Esa noche no hubo mentira que importara más que el contacto real de sus cuerpos, el susurro compartido, la piel rozando la piel.

Y por unas horas, Sonia olvidó el mundo que había dejado atrás. Porque en los brazos de Tomás, todo parecía más cierto que nunca.

# Capítulo 13

Sonia abrió los ojos justo cuando la primera luz del amanecer se filtraba tímidamente entre las cortinas. Por un segundo, no supo dónde estaba. El movimiento en la cama a su lado la sacó del letargo: Tomás se había levantado. Escuchó el leve crujido del somier y, luego, el chorro constante de la ducha al otro lado de la pared.

Parpadeó, confundida, aún atrapada entre el sueño y la conciencia. Entonces lo recordó todo. La noche anterior. La cama. Él. Ella.

El vértigo de la culpa y la incertidumbre le apretó el pecho. Se incorporó en silencio, con movimientos lentos y calculados, como si temiera que el más mínimo sonido pudiera hacer estallar esa burbuja irreal en la que estaba metida.

Recogió su ropa con manos temblorosas. Las telas estaban frías contra su piel desnuda. Se vistió apresuradamente, descalza, pisando el suelo con el sigilo de una fugitiva. Cada crujido del parqué le parecía un grito.

Salió de la habitación de Tomás sin mirar atrás. El pasillo le pareció más largo de lo habitual, más hostil. Con el corazón en un puño, recorrió los pocos metros hasta su propia habitación y cerró la puerta con cuidado, como si temiera que el pasado pudiera colarse por la rendija.

Una vez a solas, dejó escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta.

Entró en la ducha casi de inmediato. El agua tibia cayó sobre su cuerpo como una lluvia sin intención de limpiar nada. Frotó su piel

sin fuerza, más por costumbre que por deseo de asearse. No quería pensar. No quería recordar. No quería sentir.

Pero su mente no cooperaba.

Después, con el cabello aún húmedo y una camiseta limpia que no lograba hacerla sentir mejor, se sentó en la cama y revisó su móvil. La pantalla iluminó su rostro y la devolvió de golpe a otra realidad: seis llamadas perdidas de Sara. Su mejor amiga. Su cómplice.

Suspiró con el peso de quien ya no puede esquivar más una conversación incómoda.

Pero lo que llamó su atención fue algo más: tres llamadas de Daniel, su hermano menor. También tenía un mensaje de audio.

Sonia lo abrió con un nudo en la garganta.

—¿Dónde demonios estás? ¿No puedes coger el teléfono?

El tono impaciente y áspero de Daniel la sobresaltó, pero no la sorprendió. Su impulsividad era un rasgo tan habitual en él como su sarcasmo o su manía de preocuparse demasiado.

Con resignación, deslizó el dedo por la pantalla y lo llamó.

—¿Dónde estás? —contestó él casi al instante, sin siquiera saludar.

—En Londres —respondió ella con tono plano, conteniendo el cansancio en la voz.

Siguió un silencio cargado, de esos que pesan más que las palabras.

—¿En Londres, ajá —repitió él con incredulidad—. Ahora en serio, Sonia.

—Estoy hablando en serio. Estoy en Londres.

Otro silencio. Más largo.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Bastante. Espera, te mando unas fotos.

Con manos torpes, buscó las imágenes de la tarde anterior: calles empedradas, edificios victorianos, una taza de café frente al Támesis. Se las envió por WhatsApp.

Daniel tardó unos segundos en reaccionar.

—Joder, Sonia... Estás en Londres.

—Te lo he dicho desde el principio —murmuró ella.

—¿Y puede saberse qué haces en Londres? Y más te vale que me digas que es un viaje improvisado. Que estás de turismo o algo así.

Sonia dudó. Se mordió el labio. Su silencio fue la respuesta.

—No... de hecho no —admitió finalmente.

—¿Has ido usando el nombre de Sara? —La voz de Daniel se tornó más dura.

—Sabes perfectamente que sí.

—¡Joder, Sonia! Me dijiste que lo habías entendido. ¡Estás usando una identidad falsa! Como sigas con eso, toda la mierda va a estallar. Y te va a salpicar de lleno.

Sonia apretó los labios, mirando el suelo como si esperara que se abriera y se la tragara.

Claro que lo sabía.

Y lo peor era que todo se había complicado aún más. Mucho más.

No solo estaba usurpando la identidad de su mejor amiga. No solo estaba trabajando en un proyecto en el que no debía estar. No.

Se había acostado con su jefe. Con Tomás. Con el hombre que ni siquiera estaba seguro de su verdadero nombre. Que probablemente pensaba que ella era Sandra Méndez, la brillante arquitecta de perfil impecable. No Sonia López, la chica que apenas lograba mantener su vida en orden.

La ansiedad la golpeó como una oleada helada. Cerró los ojos y respiró hondo.

—Está todo controlado —mintió.

—Estás mintiendo —le respondió Daniel con rapidez, casi con cansancio.

—Más o menos está controlado —intentó corregirse, pero ni ella misma se lo creía.

—Quiero que salgas de ahí. Que dejes lo que sea que estés haciendo y desaparezcas. Vuelve a casa. Ahora.

Sonia sintió cómo algo dentro de ella se rebelaba. Se irguió en la cama, la mandíbula tensa.

—No antes de que termine el proyecto. No puedo dejarles tirados. No sería justo.

—¡No sería justo! —repitió él, irónico—. Sonia, que no te contrataron a ti. ¡Contrataron a Sara! ¿Qué parte de eso no entiendes?

—¡Aún así...! —empezó a protestar, pero su voz se quebró.

Aún así... ella había aceptado. Había dicho que sí. Y, sin darse cuenta, se había metido demasiado hondo.

Se cubrió los ojos con una mano, intentando contener el temblor que la atravesaba.

—Por favor, Sonia —murmuró Daniel, más suave esta vez, como si presintiera lo frágil que estaba su hermana—. Déjalo. No va a salir nada bueno de esto.

Ella se quedó en silencio, mirando la luz dorada del amanecer filtrarse por la ventana.

Y supo que tenía razón.

No iba a salir nada bueno.

No solo estaba a punto de perder un trabajo, de decepcionar a todos. Estaba perdiendo algo mucho peor.

Estaba perdiendo al hombre del que, sin quererlo, sin esperarlo... se estaba enamorando.

# Capítulo 14

El aeropuerto de Barajas los recibió con el calor seco de Madrid y un sol implacable que caía a plomo sobre la pista de aterrizaje. Sonia bajó del avión con las gafas de sol puestas, una chaqueta fina colgada del brazo y el corazón revuelto. Detrás de ella, Tomás descendía en silencio, cargando su mochila de cuero y revisando su teléfono con una atención fingida. Ninguno de los dos hablaba. No había nada que decir. O tal vez había demasiado.

El vuelo había sido tranquilo pero cargado de silencios. Silencios largos, densos, llenos de aquello que no se atrevían a pronunciar. Las miradas esquivas, los roces evitados y la forma en que se habían despedido esa mañana del hotel —con un "nos vemos abajo" más frío que el café de la máquina expendedora— dejaban claro que ambos sabían que algo había cambiado.

En el coche que los llevó hasta el estudio, intercambiaron pocas palabras. Comentarios sobre el tráfico, sobre el calor sofocante, sobre lo mucho que se había atrasado la sincronización de los servidores con la última versión del juego. Nada personal. Nada que tocara ese espacio frágil que se había abierto entre los dos en Londres.

Cuando llegaron al edificio donde trabajaban, fueron recibidos con la habitual actividad del equipo de desarrollo: ordenadores encendidos, pantallas proyectando pruebas de animación, dibujos conceptuales pegados a las paredes, olor a café recién hecho y conversaciones entrecortadas sobre bugs, scripts y mecánicas. Sonia se refugió en ese bullicio como si fuera una armadura. Saludó a todos con una sonrisa profesional y se dirigió directamente a su escritorio, donde le esperaba su tableta gráfica, varias notas adhesivas de colores y una taza de cerámica blanca con su nombre escrito en marcador permanente.

Al menos el nombre de Sara Méndez.

Ruth, su compañera de equipo, se acercó casi de inmediato. Llevaba el cabello recogido en una trenza desordenada, una camiseta con una ilustración pixelada de un personaje retro y su inseparable taza de té de hibisco.

—¡Ya están de vuelta, eh! —dijo con una sonrisa pícara—. Cuéntamelo todo. Bueno, todo lo que se pueda contar sin que tenga que firmar un acuerdo de confidencialidad.

Sonia resopló con suavidad, encendió su pantalla sin mirar a Ruth y dijo:

—No hay mucho que contar. Trabajo, pruebas, reuniones. Una que otra caminata para despejar la mente.

—Ajá... Claro, claro. Caminatas. Como si no te conociera. Te vi en una foto con Tomás en la que parecías sacada de un artbook indie.

Sonia ladeó la cabeza, alzando una ceja.

—¿Qué foto?

—La subieron a la cuenta oficial del proyecto. Están ustedes dos frente al Puente del Milenio. Tú estás sonriendo como si te acabaran de dar la dirección de Hayao Miyazaki, y él... bueno, Tomás tiene esa cara de "jefe zen" que pone cuando está relajado.

Sonia cerró su cuaderno de bocetos con más fuerza de la necesaria.

—No es nada. No fue nada.

Ruth se sentó en el borde del escritorio con una sonrisita más cálida que burlona.

—No te creo, pero no voy a presionar. Solo asegúrate de que sigues siendo tú, ¿vale?

Sonia la miró por unos segundos, dubitativa. Luego suspiró y cambió de tema.

—¿Y tú? ¿Alguna novedad por aquí?

—¿Te puedo contar algo? —dijo Ruth, de pronto—. Yo también tengo mi propia novela de verano.

Sonia frunció el ceño, curiosa.

—¿Ah, sí? ¿Tú?

—Luca —dijo Ruth, bajando la voz y echando un vistazo alrededor—. El becario italiano que apenas habla nuestro idioma y que no puede ni pronunciar "shader" sin sonar como si está pidiendo cappuccino.

Sonia se rio por lo bajo.

—¡No me lo creo!

—Te lo juro. El otro día, mientras ajustábamos las texturas del nivel de la catedral, me miró como si fuera la protagonista del juego. Y luego me dijo: "Tus ojos son como... como cielo en loading screen". Así. Literal. Y me derritÍ, Sonia. Me der-ri-tí.

Sonia no podía contener la risa.

—¡Estás loca! Eso suena a línea de un NPC enamorado.

—Y sin embargo... —Ruth se encogió de hombros con teatralidad—, el acento hace maravillas. Además, es guapo como protagonista de novela visual y tiene una sonrisa que podría fundir el hielo de los polos.

Sonia se limpió una lágrima de risa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Todo. No lo sé. Tal vez lo invite a probar la demo esta noche. Tal vez lo bese. Tal vez me aprenda un par de frases en italiano y le diga "mi piaci" con la esperanza de no decir sin querer que quiero programar con espagueti.

Ambas se rieron de nuevo, y por primera vez desde que había regresado, Sonia sintió que podía respirar.

Ruth la miró con ternura.

—Mira, Sara. No sé lo que pase con Tomás, pero si algo aprendí de estar cerca de alguien que apenas puede decir "debug" sin trabarse, es que a veces no necesitas entender todo para sentir algo real. A veces, solo hay que dejarse llevar.

Sonia asintió en silencio. Porque sabía que tenía razón. Porque en medio de toda la confusión, había una verdad que se abría paso como luz entre las rendijas: algo había cambiado.

Y ya no había marcha atrás.

# Capítulo 15

El sonido del cierre magnético de la puerta resonó en la oficina como un eco solitario. Tomás entró sin prisas, con el abrigo colgando del brazo y las gafas de sol, que ya no necesitaba, ajustadas al cuello de la camisa. Londres había sido un respiro en medio del torbellino cotidiano, pero también un torbellino en sí mismo. Uno emocional.

Al dejar el abrigo sobre el perchero, se detuvo un instante frente al ventanal. Madrid amanecía lenta, como si también tuviese resaca. La suya, sin embargo, no era de vino ni de viajes, sino de piel, de deseo, de dudas. Las imágenes de la noche en el hotel lo asaltaban con una mezcla de claridad e irrealidad. Los dedos de la que al parecer se llamaba Sonia rozando su pecho, su risa baja mientras compartían el vino, la sensación de tenerla entre sus brazos, respirando a escasos centímetros de él. Pero sobre todo, su silencio al final.

Se sentó en su silla, dejó escapar el aire por la nariz y abrió el portátil. Lo cerró a los pocos segundos. No podía concentrarse.

No era tan ingenuo para no saber de qué trataba todo eso. No había planeado llevársela a la cama y mucho menos repetir la experiencia.

Suspiró y se llevó los dedos a la cabeza, echando hacia atrás todo el pelo.

Sabía que se estaba enamorando pero también sabía que era un error. ¿Qué pretendía esa mujer acostándose con él aún sabiendo que no usaba su verdadera identidad? ¿Apoderarse del proyecto, de algo de la empresa? Él había contactado directamente con Sara Méndez, le había ofrecido ese lugar, el mismo que ocupaba Sonia en su nombre… y era una información que no había sido filtrada en

ninguna parte a menos que sus empleados lo hubieran ido contando abiertamente pero no había una certeza de que Sara aceptase y sabía que ninguno de los que trabajaban con él cometerían el error de vender un nombre que tal vez no se encontraba en el proyecto.

Se frotó el cuello con fuerza.

Joder, necesitaba respuestas pero hacérselas a Sonia no era una opción.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones y levantó la mirada para ver entrar a Álvaro con su habitual agenda digital.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien.

Las cejas de su amigo se alzaron cuando llegó a la altura de la mesa.

—¿Solo bien?

—¿Qué quieres que te responda?

Álvaro lo miró fijamente, una de esas miradas incómodas que parecían decirle sin pronunciar ni una palabra que ya lo sabía todo. Joder, encima se estaba volviendo paranoico.

—¿Qué tal con Sara?

—Se llama Sonia.

—Oh —Tomás respiró hondo, muy profundamente—, ¿así que ya os habéis vuelto tan íntimos que ya te ha dicho su verdadero nombre?

Su voz destilaba tanto sarcasmo que era difícil de escuchar y no sentir un estremecimiento.

—Obviamente ella no me lo ha dicho.

—¿Y quién ha sido?

—Una mujer que la conocía.

—Así que con quien mantienes intimidades es con una mujer que la conoce. ¡Mira qué bonito!

—¡Álvaro!

Su amigo no se inmutó.

—¿Qué? ¿Crees que soy ciego? ¿Quieres que te muestre las fotos que se han filtrado de la convención?

Tomás miró a su amigo inquisitivo.

—¿Qué fotos?

Con un movimiento rápido, su amigo deslizó los dedos por la pantalla de su móvil y se lo pasó, mostrando las fotos que le interesaban.

Solo eran dos, pero en ellas podía verse como él y Sonia se miraban y sonreían de una manera demasiado íntima como para que solo

fueran compañeros de trabajo y muy difícil de relacionar con un jefe y su empleada.

—Tienes suerte que en ningún momento se la relacionara como Sara Méndez o estaríamos jodidos.

—Sé eso mejor que nadie.

—Me alegro que lo sepas —soltó Álvaro con rudeza—. Pero me gustaría saber si también lo consideraste cuando la metiste en tu cama.

Tomás dio un golpe en la mesa y Álvaro cerró la boca.

—Es suficiente. ¡No puedes…!

—¿No puedo preocuparme por la empresa, por mi jefe o no puedo hacerlo por un amigo?

—Eso…

—A mi jefe me toca recordarle lo que puede perder si esa Sara, Sonia o como quiera llamarse tiene alguna trampa, alguna cosa planeada.  Lo que puede pasarle a él, a la empresa y a todos los que trabajamos en ella.

—Lo sé…

—Y a un amigo, le recuerdo que puede hacer lo que le de la gana y echar un polvo con la desconocida que quiera… agradecería que no la trajera a la empresa, al menos sin su identificación real, pero sobre todo, le aconsejaría que no se le ocurra poner sentimientos en ello y se enamore de alguien que puede desaparecer y no tiene forma de encontrarla. O no conoce sus intenciones. A menos que

quiera terminar con el corazón roto y no soy yo quien va a acompañarlo a emborracharse y arrastrar su cuerpo medio muerto de vuelta a su piso.

Tomás gruñó y la sonrisa de Álvaro se dejó ver por un instante en sus labios sin ninguna emoción.

—Lo he entendido.

—Así que, ahora, como amigo, ¿esas fotos, lo que veo en ellas tiene algún significado?

—Creo que me gusta bastante.

—Joder.

Su amigo soltó una maldición y Tomás cerró los ojos, un instante, aún con el móvil en la mano y fue pasando las fotos de Londres.

Había muchos rostros conocidos, otros que solo conocía de haber visto sus fotografías y por admiración, la mayoría eran desconocidos, pero sus ojos se detuvieron en la imagen de una mujer, bonita, pero de al menos cincuenta o cincuenta y pico años, la mujer que había reconocido a Sonia y la había llamado, haciendo que la mujer se sintiera acorralada y tuviera que mentir de manera incomoda.

—¿Sabes quién es?

Tomás le pasó el móvil a Álvaro y este lo agarró mirando la pantalla con el ceño fruncido.

—¿A la mujer del traje gris?

—Sí.

—Hm, no la reconozco, pero si me dejas te reviso los nombres de los asistentes. Tengo una lista con sus fotografías. ¿Para qué la necesitas?

Tomás sonrió a su amigo y Álvaro entrecerró los ojos.

—¿Es una sorpresa?

—No me gustan las sorpresas.

—Menuda novedad —farfulló Tomás y Álvaro entrecerró un poco más los ojos.

—Supongo que si no tiene nada que ver con la empresa, no es mi trabajo buscarla.

Se dio la vuelta y Tomás se inclinó en la silla, alarmado.

—¡Espera! —aceptó, ganándose una iracunda mirada de Álvaro por el rabillo del ojo, sin llegar a girarse completamente.

Tomás maldijo y su amigo bufó.

—¿Y bien?

—¿Te sirve si te digo que es para no terminar con el corazón roto?

Álvaro lo miró durante unos instantes de manera fija, casi sin parpadear.

—Sigue sin ser mi trabajo.

Cabrón, hijo de puta sin corazón.

—Pero te ahorrarás tener que arrastrar mi cuerpo medio muerto de vuelta a mi piso —le recordó Tomás echando la espalda hacia atrás.

Álvaro gruñó.

—Te avisaré cuando lo encuentre.

Tomás sonrió.

—Sabía que podía contar contigo.

—Que te jodan.

# Capítulo 16

Tomás llegó a la oficina aquella mañana con una tensión en el pecho que ni el café más amargo ni la brisa fresca del amanecer madrileño habían logrado disipar. Las ventanas de cristal que rodeaban su despacho ofrecían una vista panorámica de la ciudad, pero a él le resultaban más parecidas a una pecera: un sitio donde lo observaban, lo juzgaban, y donde él mismo nadaba dando vueltas en círculos.

Había pasado la noche dándole vueltas a lo mismo. Las caricias, las miradas, el roce de sus cuerpos bajo las luces tenues del hotel en Londres. Cada detalle se le había quedado grabado en la piel como fuego lento.

Sabía que necesitaba respuestas. Álvaro tenía razón en muchas cosas y también en el hecho de que él había ido retrasando ese momento. ¿tal vez hubiera sido más correcto hacer frente a Sonia cuando apareció en la entrevista haciéndose pasar por Sara Méndez?

Tomás sacudió la cabeza.

Sí, posiblemente hubiera sido lo más correcto pero no lo había hecho. En aquel momento le había parecido un juego interesante y se había dejado cautivar por aquella mirada.

Y después se habían acostado. Había sido una experiencia bonita, hechizante, algo que sin duda le apetecía repetir y casi podía decir que le gustaría hacerlo el resto de su vida.

Sonrió con desdén.

¿Desde cuándo era tan presuntuoso para suponer que su opinión, lo que él deseaba era lo único que importaba?

Sonia, la Sara Méndez falsa había entrado a su empresa por un motivo y solo deseaba ya que el motivo por el que se había acostado con él, dos veces, no fuera por lo mismo por lo que la había hecho entrar a la empresa con una identidad falsa.

—Como sea —murmuró.

Ya no podía lamentarse por lo que no hizo al comienzo, solo podía moverse con lo que tenía en ese momento y tampoco quería que Sonia saliera huyendo antes de resolver aquello, de intentar que tal vez, aquello que pudiera existir entre los dos no se perdiera para siempre.

Sonaron dos golpes en la puerta.

—Buenos días —dijo Álvaro al entrar en su oficina, sin esperar invitación. Vestía su acostumbrado traje gris grafito, su tablet bajo el brazo, y una expresión entre la ironía y la inquietud.

Tomás alzó la vista del escritorio.

—¿La encontraste?

Álvaro asintió con una ceja levantada.

—Claro que la encontré. La mujer que se acercó a la señorita Méndez, en Londres es la profesora de Bellas Artes Consuelo Marquina, catedrática en la Universidad Complutense. Enseñó durante años a una alumna llamada... —consultó su tablet con teatralidad— Sonia López.

El nombre cayó en el aire como una sentencia.

Sonia.

No se había equivocado.

Un hormigueo recorrió toda su sangre y Tomás apretó los puños con fuerza sobre la mesa.

—¿Hablaste con ella? —preguntó, sintiendo que su boca se secaba.

—No solo hablé, jefe —respondió Álvaro mientras dejaba la tablet sobre la mesa y lo miraba inclinando la espalda con el mismo dramatismo—. Le escribí un correo presentándome como tu asistente y le propuse una reunión para hablar de un posible programa de colaboración artística con la universidad. Está encantada. La verás mañana a las diez en la cafetería del Hotel Lirios, justo frente a nuestras oficinas.

Tomás asintió lentamente.

Tal vez era un error saber la verdad, conocer quien era realmente Sonia López pero necesitaba saberlo.

Al día siguiente, Tomás llegó al hotel vestido de forma sencilla. Camisa blanca, americana azul marino y su reloj habitual. La cafetería del Hotel Lirios era un espacio acogedor, con luz natural, mesas de mármol y sillas de terciopelo verde. Se sentó cerca de una ventana y esperó.

A las diez en punto, una mujer de unos sesenta años, con el cabello plateado recogido en un moño bajo y un aire intelectual en cada uno de sus gestos, se acercó a su mesa.

—¿Tomás Anderson? —preguntó con voz cálida y firme.

—Encantado, profesora Marquina. Gracias por venir.

Ella tomó asiento y pidió un café solo. Tomás pidió otro, aunque el suyo ya se enfriaba sin ser tocado.

—¿En qué puedo ayudarle exactamente? —preguntó ella tras el primer sorbo.

Tomás pensó durante unos segundos. Había preparado una historia, pero optó por una versión suavizada de la verdad.

—Estoy muy impresionado por el trabajo de una de nuestras diseñadoras. Me enteré que estudió en la Complutense, y al ver una foto de ustedes dos juntas en Londres, sentí curiosidad por conocer más sobre su formación. No siempre encontramos artistas con tanta sensibilidad visual y profundidad narrativa.

Consuelo Marquina sonrió con melancolía.

—Sin duda he tenido alumnas excepcionales durante muchos años y espero poder seguir enseñando a muchachas igual de brillantes. ¿Podría saber a cuál se refiere…?

—Oh, disculpe. Me refería a Sonia López.

La mujer pareció sorprendida por un momento y luego su sonrisa se ensanchó.

—No me sorprende. Si habla de Sonia López, ha tocado una fibra especial. Fue una de las alumnas más brillantes que he tenido... y también una de las más invisibles.

Tomás arrugó el ceño.

—¿Invisible?

—Sonia tenía un talento natural para el color, la forma, la emoción. Podía captar una historia entera en una sola imagen. Pero siempre estuvo a la sombra de otros. Nunca buscó destacar, ni vendió su obra, ni se postuló a premios. Incluso cuando organizábamos exposiciones internas, prefería que su trabajo apareciera sin nombre. 'Que hable la imagen', me decía.

—¿Y nunca intentó hacer carrera en el mundo del diseño profesional? —preguntó Tomás, esforzándose por mantener la voz neutral.

La profesora suspiró.

—Lo intentó. Pero el mundo no es amable con las voces tímidas. Recuerdo que una vez la llevé a una feria de diseño aquí en Madrid. Los reclutadores ni siquiera la miraron. Querían nombres conocidos, portafolios llamativos, presencia en redes. Sonia era... demasiado genuina para ese circo. Me dolió verla marcharse sin una sola tarjeta en el bolsillo.

Tomás sintió una punzada en el pecho. Pensó en ella en Londres, brillando entre creativos de todo el mundo con palabras propias, sin guión. Pensó en su risa a media luz, en la pasión de su trabajo. ¿Todo eso lo había creado una mujer a la que el mundo había ignorado por no venderse?

—Entiendo —masculló.

—También por supuesto, tuvo mucho que ver que ella siempre estuviera a su alrededor.

Consuelo suspiró y Tomás la dedicó toda su atención.

—¿Ella?

—Sara Méndez.

La expresión de Tomás se crispó pero intentó mostrarse indiferente.

—¿Sara Méndez?

La profesora lo miró extrañada.

—¿No te ha hablado de ella?

—Algo ha mencionado —murmuró escondiéndose tras su taza.

—Sí, claro que sí —continuó la mujer sin sospechar nada—. Siempre han sido muy amigas. Entraron juntas a la universidad y estaban siempre juntas. Era difícil para Sonia destacar si ahí donde ella iba tenía a Sara brillando por las dos.

—Tienen estilos diferentes —Tomás arrugó una vez más el ceño, recordando los diseños que tanto había admirado de Sara Méndez y el estilo único de Sonia. Tienen similitudes pero era difícil creer que eran el trabajo de una misma persona.

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí, lo tienen. No quito mérito al trabajo de Sara, por supuesto. Es fantástica pero también es más locuaz, sabe hacerse notar y siempre sabe lo que necesita decir. Si alguien destacaba era ella y no solo por su trabajo.

—Entiendo.

Se conocían. Sara Méndez y Sonia López se conocían.

Tomás intentó que no le afectara la extraña rigidez que se había instalado en su cuello.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Sabe si está trabajando en algo más?

La pregunta le salió tensa. Si resultaba que Sonia y Sara estaban planeando juntas alguna manera que no se le ocurría para conseguir algo de su empresa tal y como le preocupaba a Álvaro… Si lo ocurrido en Londres solo había sido una táctica más, solo…

—No lo sé con certeza —respondió la profesora—. Lo último que supe de ella por otras compañeras fue hace un par de meses. Estaba desanimada, creo que había perdido su trabajo anterior. Pero si ha conseguido un puesto en una empresa como la suya, me alegra profundamente. Ya era hora de que alguien la viera.

Tomás forzó una sonrisa.

—Sí. Ya era hora.

Después hablaron de la universidad. Tomás se comprometió a una colaboración artística con la universidad, aceptando a estudiantes para que pudieran ver y experimentar en un entorno real de trabajo y producción.

Cuando finalmente regresó a su oficina, se quitó la chaqueta y se sentó en silencio. Álvaro entró sin llamar, como casi siempre.

—¿Fue productiva la cita? —preguntó con tono socarrón.

Tomás no respondió de inmediato. Solo miró por la ventana.

—Lo fue. Pero también fue... reveladora.

—¿Y ahora qué? —preguntó Álvaro, cruzado de brazos—. ¿Vas a desenmascararla?

Tomás negó con la cabeza.

—No. No todavía.

—¿Por qué no?

—Porque sigo sin saber realmente por qué lo hizo.

Álvaro lo miró muy serio.

—¿A qué te refieres?

Tomás suspiró.

—Sara Méndez y ella son amigas. Como bien siempre me recuerdas, esa suplantación de identidad podría tener algún significado oculto pero también cabe la posibilidad que tan solo quisiera una oportunidad y usara la identificación de su amiga para ocupar su lugar. Estoy seguro que es esto último. Sonia no parece alguien que pueda hacer daño.

—Es lo que quieres creer —le recordó Álvaro con una suavidad afilada.

Tomás cerró un segundo los ojos antes de volver a abrirlos y mirar a su amigo.

—Es lo que quiero creer —admitió con suavidad.

Álvaro frunció los labios, incómodo.

—No sé si admiro tu estupidez... o temo por tu corazón.

Tomás sonrió sin humor.

—Voy a esperar a terminar el proyecto.

—Vas a poner el juego, todo el trabajo de estos meses en una apuesta. ¿Y si la pierdas?

—Entonces perderemos un proyecto. Podemos seguir avanzando incluso sin él.

Álvaro lo miró y sacudió la cabeza.

—Sabes que si te equivocas, perderás algo más que un juego. Tus sentimientos están implicados en esa decisión.

—Aún así decido creer en ella.

Álvaro asintió lentamente con la cabeza.

—Entonces se hará como tú dices.

Tomás vio como Álvaro se giraba y salía de la oficina.

Sabía que como siempre, su amigo tenía razón, pero simplemente no podía simplemente renunciar a todo eso. Esa mujer que lo había conmovido, la que diseñaba mundos con alma, no era Sara Méndez.

Era Sonia López. Y si había algo que tenía claro, era que no estaba dispuesto a perderla.

Al menos, no sin luchar primero.

# Capítulo 17

La luz del mediodía entraba a raudales por las cristaleras del edificio de Mika Games, bañando de tonos dorados las mesas repletas de pantallas, bocetos y tazas olvidadas con café a medio terminar. Sonia estaba sentada frente a su monitor, con los auriculares colgando del cuello y una tableta gráfica en mano, repasando por enésima vez los detalles del personaje principal del nuevo videojuego: un viajero interdimensional con alma de poeta. El diseño estaba casi listo, pero algo en la expresión de los ojos no la convencía. Como si le faltara verdad. Como si, al igual que ella, el personaje escondiera una historia que no era del todo suya.

—¡Oye, Sara! —la voz de Ruth la sacó de su concentración.

Sonia giró el cuello, alzando una ceja.

—Dime.

—Dani necesita ayuda con la interfaz del menú principal. Cree que los botones flotantes se ven demasiado futuristas para el estilo visual que estamos usando.

—Estoy en ello, le dije que haría unas pruebas nuevas. Ahora paso por su escritorio.

Ruth sonrió y siguió su camino por el estudio, dejando tras de sí el sonido acompasado de sus botines.

El equipo trabajaba a buen ritmo, pero la tensión se respiraba en el ambiente. Habían perdido casi un mes rehaciendo la mitad de los escenarios tras el escándalo de plagio accidental con la otra empresa, y todos sabían que la fecha de entrega no iba a moverse.

Sonia había estado a la altura del desafío, proponiendo una dirección artística alternativa que gustó a todos y que permitió salvar una gran parte del trabajo. Aun así, el agotamiento era palpable.

Y, por supuesto, estaba su estado de ánimo.

No había vuelto a ver a Tomás. Al menos no de una manera profesional. Tomás se había mostrado como un buen capitán del barco, moviéndolo con buen rumbo y conduciéndolo al que esperaban fuera buen puerto pero aparte de alguna mirada esporádica que ella necesitaba creer que tenían algún significado especial, no había existido ninguna interacción más entre ellos desde que volvieron de Londres.

—Solo un polvo más —se había repetido en más de una ocasión, intentando que esa desagradable sensación se desprendiera de ella.

¿Qué había esperado? ¿Amor eterno? ¿Empezar a salir con Tomás Anderson? Joder, empezaba a delirar. Lo habían pasado bien. Ella había querido disfrutar de esos momentos y no había existido ningún compromiso, ningunas palabras que les comprometiera a nada más.

Ni siquiera pensando que era la grandiosa Sara Méndez.

Borró esos oscuros pensamientos de su cabeza y siguió con su trabajo , regresando a casa, agotada y con el ánimo cada vez más decaído.

Ni siquiera le había dado tiempo de secarse el pelo cuando el sonido de las llaves metálicas girando en la cerradura le hizo soltar un suspiro.

—¡Sorpresa!—Daniel entró con una bolsa de supermercado rebosante de tápers.

Sonia hizo una mueca.

—¡Daniel! ¿Otra vez?

—Nuestra madre cree que te vas a desnutrir si dejas de comer cocido una semana. Yo solo soy el repartidor.

Sonia recibió la bolsa y la dejó sobre la mesa de la cocina. Daniel se quedó en pie, con los brazos cruzados, observándola con una mezcla de sorna y preocupación.

—Sigues con el numerito, ¿eh?

—Daniel…

Estaba cansada de todo eso.

Ya lo sabía. Había sido un error. Más de uno, de hecho, pero ya lo sabía. No necesitaba que nadie más se lo estuviera recordando cada cinco minutos.

—No, en serio. Te haces pasar por una diseñadora famosa. Vas a trabajar todos los días como si nada. Pero tú no eres Sara Méndez. ¡Esto es una locura, Sonia!

Sonia gruñó.

—Lo sé —soltó irritada—. Pero también sé que no puedo dejar esto a medias. Hay un equipo entero que confía en mí, aunque no sepan quién soy. El juego va a ser algo especial y no quiero arruinarlo

abandonando ahora. Lo terminaré, y luego me iré. Sin ruido, sin drama, ¿vale? Nadie va a salir herido de todo esto.

Tal vez ella sí, pero era su error y aceptaría las consecuencias.

De todo.

Daniel se dejó caer en una silla con un bufido.

—Y cuando salga el juego, será "Sara Méndez" quien aparezca en los créditos. No tú. Nadie sabrá que fuiste tú la que lo diseñó.

Sonia lo miró fijamente.

—Fue mi error, Daniel. Me metí en esto por desesperación. Ahora solo quiero acabar lo que empecé. No necesito el reconocimiento. Necesito saber que hice lo correcto.

Un silencio denso se instaló entre ellos, roto solo por el tic-tac del reloj de pared. Daniel estaba a punto de responder cuando llamaron a la puerta.

Sonia frunció el ceño, caminó hacia la entrada y abrió.

Ahí estaba.

Sara Méndez.

La autentica.

Llevaba el cabello recogido en una coleta alta, gafas oscuras sobre la cabeza y una chaqueta vaquera con manchas de pintura seca. Su expresión era ilegible, mezcla de cansancio y determinación.

—Hola, Sonia —dijo, apartando las gafas de sol—. Tenemos que hablar.

El mundo pareció detenerse por un instante. Daniel se levantó rápidamente de su silla, mirando a ambas mujeres alternativamente.

—Esto se va a poner bueno… —murmuró, tomando asiento otra vez, como si se preparara para una función.

Sonia, en cambio, no podía moverse. No podía pensar.

## Capítulo 18

—Tenemos que hablar —repitió Sara, apartándola a un lado y accediendo a su piso sin que la hubiera invitado.

Sonia cerró los ojos y suspiró, prácticamente resopló, cerrando la puerta de casa y se dio la vuelta, caminando tras los pasos de su amigo que se habían detenido en medio del salón, mirando con una ceja levantada a su hermano que las miraba con una pierna cruzada y la expectación plasmada en su rostro.

Sonia le hizo una mueca y Daniel le sacó la lengua.

—¿De qué quieres hablar? —se interesó Sonia finalmente cruzándose de brazos.

Sara inspeccionó su casa rápidamente. No era la primera vez que estaba allí pero era la primera vez que habían tenido una pelea de verdad y sobre todo la primera vez que había sido ella quien se había negado a cogerle el teléfono o responder los mensajes.

—No me has cogido las llamadas.

Sara se giró para que quedaran la una frente a la otra. Se miraron fijamente durante unos instantes.

—Es verdad —aceptó Sonia diplomáticamente.

—Desde hace dos meses.

—También lo sé.

Las dos se miraron en silencio durante unos instantes y luego Sara bufó, desviando la mirada y empezó a pasearse de nuevo por el salón.

—¡Esto es estúpido!

—¿A qué te refieres?

Hasta Sonia notó el tono a la defensiva que usó pero le dio igual. Apretó con más fuerza los brazos alrededor del pecho y esperó a que Sara se cansara se golpear el suelo con sus tacones de unos cinco centímetros. Sin duda ya era alta, no necesitaba serlo más.

—¡A ti!

—¿Cómo?

—Esto se pone cada vez más interesante —rió Daniel que enredó con la bolsa que había traído y sin mirarlo, Sonia imaginó que había destapado algo y empezaba a comer.

—Estás enfadada por una tontería.

—Para empezar no estoy enfadada.

—¡Ah, no? ¿Y por qué no me coges el teléfono y no me respondes los mensajes? ¡Los últimos ni los has mirado!

—¡Estaba ocupada!

—Menuda excusa —soltó Daniel como por casualidad y Sonia le lanzó una agria mirada—. ¿Qué?

—Si no vas a ser de ayuda, mejor cállate.

—¿Hm? —su hermano la miró dolido—. No sabia que tuviera que ser de ayuda siquiera.

Sonia puso los ojos en blanco.

—Cállate.

—Qué más quisieras…

—Oh, bueno —Sara pareció exasperada—. Vuestro numerito de hermanos amorosos ya me lo conozco, ¿vale? Podéis parar que me ponéis enferma.

—Celosa… —la interrumpió Daniel metiéndose algo más en la boca y esta vez la ácida mirada de Sara tampoco consiguió que borrara la sonrisa—. ¿Qué? —insistió.

—Oh, en serio, que irritante.

—Ya lo conoces, olvídalo.

—Qué borde eres alguna veces, Sonia —masculló Daniel lanzándole una arrebatadora sonrisa—. Venga, poneros a hablar de cómo te has estado haciendo pasar por Sara y como tú la incitaste a hacerse pasar por ti. Me encantaría saberlo.

La voz de Daniel había perdido su buen humor, incluso había borrado la sonrisa y sus ojos carecían del brillo burlón. Las dos se revolvieron incómodas.

—Fue una equivocación —soltó Sonia en voz baja—. Ya te lo he explicado hace un momento.

—¿Por qué? —la voz chillona de Sara la obligó a volver a mirarla—. Tienes un trabajo que te gusta, ¿no?

—Sí, uno que no me lo dieron a mí.

—¿Y eso que importa?

Sonia sacudió la cabeza, incrédula.

—¿No fuiste tú misma quien me recordó que solo estaba consiguiendo reconocimiento porque llevaba tu nombre?

Apartó los brazos pegados al pecho y dio un paso hacia su amiga. Sara alzó la barbilla pero su mirada vaciló.

—Estaba medio dormida. No quería decir todo lo que dije.

—¿En serio?

—Sí, bueno…

Sonia bufó.

—A mí me pareció que te molestó.

—No es eso, ¿vale? O sí, no lo sé. Estaba dormida y no pensé lo que decía.

Oh, bueno. Sonia miró con cierto regusto amargo a quien había sido su amiga desde hacía más de veinte años. Bufó y sacudió la cabeza.

—¿Quieres que te diga lo que ocurrió?

—¿Qué?

Sara hizo una mueca, visiblemente a la defensiva.

—Estás tan acostumbrada a que todo lo que tú hagas brille que ni siquiera puedes imaginar que lo que yo pueda hacer, por mí misma pueda tener un impacto igual o mayor que tu trabajo.

Se hizo un silencio incómodo y Sonia escuchó como Daniel silbaba cambiando de postura las piernas.

Finalmente Sara se echó a reír.

—¿De qué mierda hablas?

—Mi trabajo es bueno, Sara —dijo Sonia sin levantar la voz, mirando a su amiga con lo que esperaba fuera el mismo brillo desafiante que tenía los ojos de Sara—. Te guste o no.

Sara bufó y se apartó el pelo de la cara.

—¿Y por eso te echan de los trabajos?

—¿Así que realmente es eso?

Sara la miró furiosa.

—¡No! ¡Eres tú quien lo ha dicho! ¡Y era para provocarme!

—¡Pero te fastidia que mi propio trabajo pueda gustar!

—¡Les gusta porque creen que es mío!

—¡Les gusta lo que ven! ¡Y lo que ven es mío, Sara!

—¡Nunca hubieras tenido la oportunidad de enseñar nada en un principio si no fuera porque usas mi nombre, porque yo te di esta oportunidad!

Las dos volvieron a quedarse calladas y esta vez Daniel no intervino, posiblemente participando en la atmósfera rara que se había creado dentro del piso.

—Eso es verdad —admitió finalmente Sonia en un hilo de voz—. Tienes razón y el error fue creer que la única oportunidad que tendría era conseguir un trabajo que me gustara haciéndome pasar por ti. ¡Ese es mi error!

—¿Y qué vas a hacer? —Sara se llevó una mano a la cadera y alzó la barbilla con una sonrisa—. ¿Vas a decir la verdad?

Sonia apretó los puños y la miró con rabia.

Le molestaba. Y mucho, pero sabía que Sara lo decía porque no tenía forma de plantarse frente a Sergio y contarle la verdad. Tal vez si su relación nunca hubiera pasado los límites de lo laboral, tal vez, hubiera sido capaz de entrar en su oficina y contarle quien era y esperar que él la escuchara hasta el final y no decidiera denunciarla, pero no podía arriesgarse a saber lo que ocurriría después de lo de Londres.

—Una vez termine el proyecto me iré de la empresa —dijo en un hilo de voz.

Sara, por supuesto sonrió. Daniel se limitó a resoplar.

—Por supuesto —aceptó Sara—. Tal vez tenías razón. Fue un error. También es culpa mía por proponertelo. Digamos que la culpa fue de las dos. Yo por sugerirlo y tú por aceptarlo. Olvidémonos del asunto.

—¿Y quién firmará el proyecto en el que ha participado mi hermana? —se interesó Daniel muy serio, levantándose de la silla y caminando hacia ellas.

Sonia notó un nudo en el estómago pero trató de no pensar en ello.

—A menos que Sonia diga la verdad y posiblemente haga que todo el trabajo del grupo se vaya a la mierda, llevará mi nombre —dijo Sara encogiéndose de hombros y la miró—, por qué tú no querrías hacerles eso, ¿verdad?

Sonia tardó en responder y cuando lo hizo no miró a Daniel.

—No.

—¿Ves?

—¿Tú estás bien con eso, Sonia?

Sonia se encogió de hombros.

—Acepté usar su nombre.

—No es lo que te estoy preguntando.

Sonia apretó la mandíbula.

—No me importa —dijo finalmente.

—¿Ves? No seas pasado.

—Como queráis entonces —dijo Daniel mirándola fijamente.

Sonia evitó una vez más su mirada.

—Cuando el proyecto se complete, renunciarás. Escribirás lo que yo te diga y dejarás la empresa. Puedes quedarte con todo el dinero, por supuesto…

—Ya lo que me faltaba por oír —soltó Daniel.

—¿No es lo que he dicho? —gruñó Sara girándose hacia él.

Daniel se acercó a su amiga y se inclinó hacia ella.

—Tienes un morro, colega…

—Esto no es asunto tuyo, niñato, si no aportas, te piras.

—Mamona.

—Imbécil…

—Suficiente. Los dos —dijo Sonia con un suspiro—. Cuando termine el proyecto lo dejaré.

—El proyecto lleva mi nombre.

—Y todo el reconocimiento —insistió Daniel.

Sara puso los ojos en blanco.

—Y tú te quedas con el dinero. Al fin y al cabo, como dices, ha sido tu trabajo.

—Un trabajo que nadie sabrá que es de ella, sino que llevará tu nombre.

Sara respiró hondo.

—¿Se te ocurre otra solución? ¿Te parece bien si vamos a donde Sergio Anderson y le contamos la verdad?

Sonia sintió un escalofrío.

Joder, eso no.

—No —dijo ella—. Tomé mi decisión hace tiempo. Me parece perfecto. Termino el proyecto y me largo. Fin de la historia.

Daniel bufó.

—Como quieras.

Se dirigió hacia la puerta y le hizo una mueca a Sara, indicándole con la cabeza que le siguiera. Sara apretó los labios y la miró pero Sonia no le devolvió la mirada.

—¿Entonces ahora la culpa es mía?

—No toda tal y como tú dijiste —dijo Sonia con la voz dura, volviendo a mirarla—. Yo decidí hacerme pasar por ti. Es por lo único que acepto las consecuencias de este trato.

—Oh, ¿en serio?

—Pero no se volverá a repetir.

Y posiblemente escociera toda la vida ver el nombre de Sara Méndez en los nombres de los creadores del juego.

Volvió a desviar la cabeza y cerró los ojos, solo abriéndolos una vez más cuando escuchó como se cerraba la puerta de entrada.

# Capítulo 19

Aún no había amanecido cuando Sonia se levantó de la cama. Se dio una ducha rápida y se vistió con unos leggins y una camiseta suelta de color granate y se sentó en el sofá con el portátil encima, repasando los gráficos.

Hacía una semana que había tenido la confrontación con Sara y aunque le había respondido los mensajes, se había negado a quedar escudándose en el trabajo.

Tampoco había mentido.

Quería terminar cuanto antes el proyecto y marcharse de allí, de la empresa, de unos compañeros que era fácil llevarse bien, de Sergio…

Sí, de Sergio, que ya no tenía claro si su ausencia y silencio la hacía sentirse bien o mal.

Era verdad que agradecía que no se hubiera convertido en el amor de su vida y fuera tras ella en los almuerzos, al salir del trabajo, que tampoco la acompañara a casa o que le obsequiara una maldita sonrisa al entrar a la empresa donde posiblemente se sentiría mucho más vil y basura de lo que ya se sentiría al saber que dentro de muy poco tiempo iba a romperle el corazón, pero joder, ¿el polvo de una noche? ¿En serio? ¿Eso era todo lo que ella había sido? ¿El puto desahogo de una noche?

—No, el puto desahogo de un viaje —reflexionó Sonia en voz alta, asesinando al ratón con los dedos mientras seguía deslizándolo por la interfaz hasta que un detalle llamó su atención, prácticamente pegando la nariz en la pantalla—. Eso no debería estar ahí, ¿no?

Revisó las últimas texturas con el ceño fruncido, comprobando el error y maldijo varias veces antes de agarrar el teléfono y buscar el número de Ruth. Aún quedaba una hora para empezar a trabajar, pero sabía que su compañera ya estaría levantada.

—¿Hm? —la saludó la voz de alguien quien sin duda estaba cepillándose los dientes.

—Tenemos un problema —anunció.

—¿Un problema?

—Las texturas de Alex tienen todas errores.

—¿Errores?

—Tienes que revisar los códigos.

—¿Todos?

Su amiga parecía que iba a sufrir un ataque. Sonia escuchó como algo se caía al suelo y se hacía añicos. De cristal, sin duda. Por unos instantes no se escuchó nada, después empezaron las maldiciones de Ruth y al fondo una voz inconfundible en italiano. Sonia alzó una ceja.

—¿Luca?

—¿Qué?

—Es Luca —insistió Sonia.

—¿Qué? Oh —Parecía que Ruth trataba de buscar una excusa y Sonia esbozó una sonrisa sin poder evitarlo—. No es…

—¿Lo que parece?

—A ver, sí lo es, pero no estamos saliendo ni nada. Es solo…

La sonrisa de Sonia se borró de golpe, rumiando sus propios pensamientos.

—¿Un polvo?

—Sí, bueno… algo sin compromiso. Ya sabes.

—Lo sé, bien, sí.

Lo que jodía era cuando alguno de los dos se implicaba demasiado en esos polvos sin compromiso. La otra parte no tenía la culpa ya que no había existido ninguna promesa más allá de lo que había existido pero aún así era imposible que no escociese.

Incluso en su situación.

—Oye, Sara.

—¿Hm?

—¿Crees que si le confesara a Luca lo que siento podría ser correspondida?

Sonia se hundió en el sofá.

No era buena con esos temas. Su currículum en temas del corazón no era mucho mejor que el profesional. Suspiró dramáticamente y dejó el portátil a su lado.

—¿Crees que le gustas a él?

—No lo sé.

Y ahí estaba el problema de todos los tiempos.

—¿Qué tal es cuándo está contigo?

—Oh —Ruth soltó una risita tonta—. Es muy bueno en la cama. Y hace unas cosas con la lengua…

Sonia puso los ojos en blanco pero no pudo evitar que se asomara una sonrisilla.

—No hablaba del sexo.

—Ya, lo sé, pero es que joder, tiene una lengua, y la manera de moverse… ¡Madre mía! ¡Y qué intenso es todo con la luz encendida!

—Y hay detalles que me puedo ahorrar.

Las dos se echaron a reír.

—No, en serio, creo que estamos bien. Tenemos problemas con el idioma, por supuesto, pero creo que podemos arreglarnos, pero por lo general solo es sexo. En mi casa. Después en el trabajo nos comportamos como siempre y de hecho nos comportamos igual excepto cuando nos acostamos. ¿Debería pensar en no hacerme ilusiones?

Sonia abrió y cerró la boca, después suspiró.

—¿Quieres que te sea sincera?

—Por favor.

Sonia volvió a suspirar.

—Creo que has ido a preguntarle a la persona equivocada.

Se hizo un silencio.

—¿A la persona equivocada?

—Sí, verás… el amor y yo no somos muy compatibles.

Por decirlo de alguna manera simple.

Se hizo otro silencio.

—¿De qué hablas?

—No he tenido muchas relaciones y nunca han salido bien.

—Pero, Sara, si presumes en redes de los pedazo tíos con los que te vas a casa.

Sonia se quedó petrificada. Mierda. Se había vuelto a olvidar que ella no era Sara, ella no tenía el encanto, la carisma y el cuerpo escultural para llevarse a cualquier tío a la cama nada más conocerlo y era algo de lo que su amiga presumía bastante. Dejó escapar una risa tonta.

—Ya, bueno…

—¿Intentas hacerte la inocente conmigo?

—Oh, no, no —Sonia hizo una mueca, agradecida de que nadie la veía—, es solo que eso no cuenta como relaciones estables. Solo como polvos de una noche. Por muchos que sea —añadió con otra mueca.

Ruth también rió.

—Supongo que tienes razón.

—Sí…

—¿Y no has tenido alguna relación seria?

—¿Relación seria?

¿Sara había tenido algo de eso? Que ella recordara no.

—No. Supongo que no me ven para algo más que una noche.

Y Sara la mataría si la escuchaba decir eso de ella.

—Supongo que al final todos pasamos por lo mismo.

—De capullo en capullo…

Las dos volvieron a reír.

—Será mejor que nos apresuremos o llegaremos tarde al trabajo —Sonia suspiró—. Y no te olvides de los errores.

—Hablaré con Alex de camino a la oficina.

—De acuerdo —Sonia estuvo a punto de cortar la llamada pero se lo pensó dos veces antes de hacerlo—. Oye… ¿y vais juntos al trabajo?

Sonia escuchó que algo volvía a romperse al otro lado del telefono e hizo una mueca de culpabilidad.

—Joder, Sara, ¡no! Nadie lo sabe y va a seguir siendo un secreto.

—Por supuesto —prometió Sonia rápidamente—. Yo no sé nada.

# Capítulo 20

Arreglar los errores resultó en un retraso de dos semanas pero aún consiguieron mantener la fecha de lanzamiento.

A medida que se acercaba la fecha, Sonia podía notar como un nudo se instalaba en su garganta.

Levantó los ojos de la mesa y miró la espalda de Tomás. Estaba hablando con su secretario, Ruth y Alex cerca de donde ella se encontraba pero no conseguía escuchar la conversación. Tampoco quería hacerlo.

¿Así que al final aquello sí que era todo?

—Ey.

Levantó la mirada y vio la sonrisa de Luca que sin duda había conseguido enamorar a Ruth. Esos dos tenían una relación ambigua, pero al menos era una relación, no como lo que ella y Tomás habían tenido.

Vale, sí, había sido sexo. Ella incluso le había mentido en casa detalle de su vida y de su identidad y encima ahora era ella quien se ponía hacer berrinches porque Tomás no le hubiera dicho que no había amor en el acto, que solo había sido sexo.

Y además sexo que le había gustado.

Sonia intentó sonreír también a Luca cuando él ladeó la cabeza extrañado por alguna mueca que debía estar poniendo mientras dejaba que la compasión la rodease.

—¿Necesitas algo?

El chico señaló su tablet y prácticamente la dejó sobre su mesa cuando tras unos instantes, como si estuviera pensando qué decir, no se le ocurriera la palabra o frases necesarias y señaló la pantalla con un dedo.

—Corrección —logró decir con un acento marcadísimo.

Sonia sonrió.

—Corrección, vale.

En ese momento levantó la cabeza, sorprendiéndose de encontrar la mirada de Tomás clavada en ella y sintió como algo en su vientre se revolvía y bajó la cabeza, decidida a concentrarse en el trabajo, el último antes de desaparecer.

Sara se había comprometido a encargarse vía online y de manera remota de todos los trámites necesarios para darse de baja completamente de la empresa así que en un día o dos tenía que despedirse de todos aquellos a los que había aprendido a llamar amigos, sin duda compañeros y sobre todo de Tomás a quien no volvería a ver.

¡Oh, bueno! ¿Y qué importaba? Sin duda él no iba a dedicar mucho tiempo a pensar en ella así que ella tampoco iba a pensar en él. Punto. Él se lo perdía... Él...

Joder...

Sonia repasó y dio instrucciones como mejor pudo con gestos, señalando mucho y cuando finalmente había terminado se le ocurrió

la opción de abrir una aplicación para que le tradujera la conversación.

—Si es que soy imbécil.

La noche en la que finalmente estuvo terminado el proyecto, Ruth tuvo la idea de ir a celebrarlo. La mayor parte del equipo se unió pero Sonia decidió sonreír y rechazar el ofrecimiento.

—¿Entonces la próxima vez? —se interesó Ruth, haciendo que Sonia tuviera ganas de echarse a llorar.

—Por supuesto —mintió con un nudo en la garganta y sonrió.

Ruth le devolvió la sonrisa y volvió a su trabajo. Cuando finalmente salieron de la empresa, Sonia se despidió de todos sus compañeros que reían animados mientras decidían a qué restaurante ir y donde acompañar después la velada.

Sonia los miró durante unos instantes. Una despedida. Lo sabía y nunca había creído que pudiese doler tanto. Miró una vez más hacia las puertas del edificio, aún con la esperanza de ver salir a Tomás y poder despedirse de él, al menos poder verlo por última vez pero no tuvo suerte. Después de un rato, suspiró y derrotada y con los ánimos por los suelos, se giró, sobresaltándose cuando se encontró cara a cara con Tomás que prácticamente pegado a ella la miraba muy serio.

—¿Qué...?

—¿No vienes a la celebración?

Sonia dio un paso hacia atrás, aturdida por su proximidad y sacudió la cabeza.

—Tengo cosas que hacer.

—¿En serio?

—Sí.

Sus ojos la observaron, como si la analizasen de pronto y Sonia se revolvió incómoda.

—Hemos trabajado duro para conseguir terminar en la fecha programada. Nos merecemos este descanso.

Sonia intentó sonreír. No podía evitar sentir ese nudo en el estómago.

—Lo siento, me hubiera gustado mucho ir pero hoy no me es posible. Tengo unos asuntos personales que atender y…

No terminó de hablar y Tomás se limitó a asentir lentamente con la cabeza.

—El viernes es la presentación del juego —dijo de pronto—. No olvides que es la segunda celebración.

La sonrisa de Sonia se congeló.

Ella no estaría ya en la empresa el viernes. Sara iba a encargarse de todo lo demás. Ni siquiera iba a necesitar estar de manera presencial para hacerlo, sino que lo haría todo de manera telemática y sin mostrar la cara.

—Por supuesto —aseguró sin convicción—. Creo…

Su voz se ahogó completamente cuando Tomás levantó una mano y sus dedos tocaron su mejilla, suavemente, una leve caricia que hizo que todo su cuerpo se estremeciera.

Joder… Lo deseaba tanto…

—No quiero entrometerme pero te noto cansada. ¿Estás bien?

Sonia sacudió lentamente la cabeza y luego sonrió.

—Cosas personales —insistió—, pero estaré bien.

Al menos esa era la excusa que Sara había dicho que pondría. Que debía abandonar la empresa por asuntos personales que no explicaría. No era muy profesional pero no era la primera vez que Sara dejaba una empresa después de terminar un proyecto porque la firma, la gente o el propio trabajo no satisfacía alguno de sus altos estándares.

A Sonia no le gustaba la idea. Tal vez no llevaba su nombre pero Tomás, Ruth y todos los demás, recordarían su cara cuando hablaran de la Sara Méndez, alguien que al final no los había considerado lo suficientemente dignos o de su nivel para seguir trabajando con ellos.

¡Bah! Daba igual. Fuera como fuera ella no volvería a verlos y una vez más tendría que buscarse un trabajo, al menos uno que esta vez llevara su nombre.

—¿Necesitas que te acerque a casa?

Sonia dio otro paso hacia atrás, apartando la mano que Tomás mantenía en su mejilla y volvió a sacudir la cabeza.

—No es necesario —aseguró—. Cogeré un taxi. Seguro que todos te están esperando en la fiesta.

Tomás asintió con la cabeza y tras una breve despedida, él comenzó a caminar, alejándose y tomando el camino que sus compañeros habían tomado al salir de la oficina.

Sonia lo vio alejarse antes de suspirar y caminar en la dirección opuesta. Paró un taxi y tras darle la dirección, se acomodó en el asiento y miró por la ventanilla. En algún momento su móvil empezó a vibrar y con desgana lo sacó del bolso, comprobando que la llamada era de Sara. Tras una pausa, aceptó la llamada.

—Hola —saludó con voz débil.

—¿Ya has salido de la oficina?

—Sí.

—¿Te has llevado todo lo importante?

—Sí.

—Ya sabes que no vas a volver más. Esta noche redacto la renuncia y la enviaré por fax. Si tienes que volver a por algo es mejor que lo hagas ahora.

—No hace falta —aseguró—. En realidad había poco que tenía que llevarme.

Y todo había entrado en su bolso.

—Bien. Ya mañana estará todo terminado y dentro de un tiempo esto nos parecerá divertido.

—Seguro que sí.

Pese a sus palabras su voz no sonó convencida.

—Vuelvo en dos semanas, ¿quieres que quedemos en el bar de siempre?

—Claro, seguramente para entonces siga sin trabajo.

Las dos rieron sin mucho humor.

Sonia vio como el taxista la miraba con curiosidad a través del espejo y fingió que no lo notaba. No quería dar lastima a nadie.

—Entonces ta llamo mañana y te voy informando de todo.

—Hm.

# Capítulo 21

El cielo sobre Madrid se teñía de tonos rosados y dorados mientras Sonia caminaba sin rumbo por el barrio de Malasaña. Esa semana había dormido poco. Muy poco. El recuerdo de aquella tarde aún la perseguía, como una corriente tibia y dolorosa en la piel. No por arrepentimiento, sino por certeza. Esa había sido su despedida. Había entregado lo último que tenía: su amor silencioso, sus trazas de verdad bajo la máscara que había llevado tantos meses.

Sara como prometió se había encargado de todo, y con ello, la realidad. Habían enviado la renuncia, firmada, con fecha y hora. Oficial. Final. La mentira había terminado, y aunque el juego estaba casi completo, Sonia había decidido que marcharse era lo justo. Por ellos. Por Tomás. Y por ella misma.

Su móvil vibró en el bolso. Pensó en ignorarlo. Pero la pantalla brillaba insistente con un nombre que le retorció el estómago: Ruth.

—¿Ruth? —preguntó al contestar, la voz pastosa.

—¡Sonia! ¿Dónde estás? Te necesitamos en la empresa. ¡Ahora mismo!

—¿Qué? ¿Por qué? Yo... no puedo. Yo ya no...

—¡Por favor! Es urgente. Hay un error en el módulo de diseño gráfico de la presentación. Algo se ha desconfigurado y la capa de iluminación dinámica no se integra con el entorno. Nadie más entiende cómo lo dejaste tú. ¡Tú eres la única que puede arreglarlo! —Su voz sonaba tensa, desesperada—. Por favor, Sonia. No tenemos tiempo.

Sonia cerró los ojos. Su cuerpo iba en dirección contraria a su voluntad.

—Estoy en camino —dijo, sin pensarlo.

Cuando llegó al edificio de Mika Games, la fachada brillaba bajo una lona publicitaria con el logo del nuevo videojuego. El hall estaba lleno de asistentes, técnicos, desarrolladores, periodistas especializados y algunos influencers que se hacían selfies bajo los focos.

Nadie pareció notar a Sonia mientras subía por las escaleras laterales, corriendo, esquivando técnicos y empleados. Ruth la esperaba en la sala de control, con los ojos desorbitados y la frente perlada de sudor.

—Gracias a Dios —murmuró—. Aquí. El equipo de renderizado se descompuso. Los entornos están colapsando.

Sonia se puso manos a la obra. Sus dedos volaban sobre el teclado, ordenando scripts, revisando líneas, adaptando las curvas de luz, ajustando la renderización de partículas que parecían neblinas errantes en los niveles. Era como volver a respirar bajo el agua. Estaba en su mundo. Su creación. Su código. Su visión.

Una hora después, todo estaba solucionado. Ruth suspiró con un nudo en la garganta.

—Eres una genia —le dijo, abrazándola—. De verdad, no sé qué habríamos hecho sin ti.

Sonia sonrió, cansada pero orgullosa.

—Tranquila. Ya está. Sólo vine a ayudar. Me iré antes de que nadie se dé cuenta.

—No, no te puedes ir ahora. Están a punto de comenzar la presentación. Quédate. Aunque sea detrás. No tienes que subir al escenario... pero no puedes irte sin ver cómo tu trabajo brilla. Sin ver lo que hiciste.

Sonia dudó. Luego asintió.

Se colocó en un rincón, oculta tras una columna del salón principal, donde tenía vista directa al escenario, sin estar a la vista del público. Las luces se apagaron. Un proyector iluminó el telón. Y entonces apareció Tomás, vestido con traje oscuro, impecable, irradiando seguridad.

—Buenas tardes a todos —comenzó, su voz amplificada por los altavoces—. Hoy es un día especial para Mika Games. Presentamos el fruto de más de un año de trabajo. Una aventura visual, emocional y narrativa que hemos construido con pasión, entrega y, sobre todo, con alma.

Sonia tragó saliva.

Tomás hablaba, con naturalidad, del proceso, de la visión artística, del desafío de crear un universo nuevo. Luego, hizo una pausa. Miró hacia el público. Y entonces lo dijo:

—Quiero dar un reconocimiento especial al equipo de arte. A Ruth Sánchez, directora creativa. A Daniel Martinez, nuestro guionista narrativo. Y, sobre todo, a Sonia López, diseñadora gráfica principal y alma visual del juego.

Sonia se quedó congelada.

Había dicho su verdadero nombre.

Los aplausos estallaron. Ruth la buscó con la mirada, y al encontrarla, la señaló con una sonrisa enorme. Luca también la aplaudía. Los compañeros se giraban hacia ella, sorprendidos pero contentos. Incluso los periodistas la buscaban con la vista, algunos ya captando imágenes.

Sonia sintió que las piernas le temblaban. Dio un paso atrás. Iba a marcharse. Pero entonces, Tomás la encontró con la mirada. Sonrió. No una sonrisa casual, sino una sonrisa llena de significado, de complicidad. Sabía. Lo sabía todo. Y aún así, la había nombrado.

La había hecho visible.

Las luces bajaron. El tráiler oficial del juego comenzó a proyectarse. Pero en el corazón de Sonia, todo ya había explotado.

La verdad había salido a la luz. Y por primera vez, su nombre no era una carga ni una mentira. Era ella. Sonia López.

Y el mundo, por fin, la estaba mirando.

A ella.

# Capítulo 22

Las luces del escenario la encontraron aunque no lo buscara. Sonia no se movió del rincón donde estaba parapetada, pero el corazón le golpeaba las costillas como si quisiera salir corriendo él solo hacia el centro del salón.

Tomás había dicho su nombre. Su nombre real. Sonia López. No Sara Méndez. No la impostora que había entrado por una puerta que no le pertenecía. Ella. La chica que había crecido en la sombra de otros, que había dibujado mundos que nadie quería ver, que había llegado hasta allí disfrazada de otra porque creía, de verdad, que ella sola no era suficiente.

Y sin embargo, Tomás lo sabía.

Lo había sabido. Y la había nombrado igual.

Ruth la encontró con la mirada entre el gentío que aplaudía. Primero la miró sorprendida, como si no supiera qué estaba ocurriendo; después se encogió de hombros y le guiñó un ojo con esa sonrisa enorme que siempre parecía demasiado grande para su cara. Luca, a su lado, se unió a los aplausos sin entender del todo qué ocurría pero sonriendo de todas formas, como siempre.

Sonia sintió que le temblaban las rodillas.

No era el tipo de temblor que precede a un desmayo. Era el otro. El que llega cuando algo largo tiempo contenido por fin encuentra sitio para existir.

El tráiler del juego llenó la sala con su música y sus imágenes: el bosque sumergido flotando bajo un cielo irreal, los árboles

respirando, la luz quebrándose en el agua. Su visión. Su sueño de infancia hecho píxeles, color, emoción.

Nadie en aquella sala sabía cuántas noches había pasado ella imaginando ese paisaje antes de tener siquiera las herramientas para dibujarlo.

Cuando el tráiler terminó y las luces volvieron, Sonia se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos. Se los secó con el dorso de la mano de manera torpe, mirando hacia otro lado como si el llanto fuera algo vergonzoso y no la respuesta más honesta que su cuerpo sabía dar.

No se movió, ni siquiera cuando vio como Tomás Anderson caminaba por el lateral del salón, alejado del escenario, con paso tranquilo hacia ella, tal vez como si tuviera miedo que echara a correr.

Y Sonia pensó en escapar. Pensó en girarse y salir por donde había entrado, antes de que todo lo que había construido en esos meses se derrumbara de golpe.

Pero no lo hizo.

Tal vez porque estaba harta de huir. Tal vez porque sus pies, por una vez, decidieron quedarse, tal vez porque sabía que después de todo era a él a quien más le debía una explicación.

—Sabía que seguirías aquí —dijo Tomás cuando llegó a su altura. Su voz era baja, relajada y mantenía una leve sonrisa mientras la observaba, devorandola con sus hermosos ojos.

Sonia lo miró. Abrió la boca. La cerró.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó finalmente, y no hablaba del salón ni de la presentación.

Tomás metió las manos en los bolsillos sin dejar de mirarla, después se encogió de hombros.

—Conocí a la verdadera Sara hace un tiempo. La vi de pasada una vez y supe desde el principio que no eras ella.

Sonia sintió que algo en el pecho se le soltaba. Como un nudo que llevaba demasiado tiempo apretado.

—Pero…

Él la silenció poniendo un dedo sobre sus labios y Sonia se estremeció. Había intentado engañarlo, se había metido en su cama y siempre lo había hecho creyendo que él solo veía a Sara Mendez, no a ella, que él jamás le daría una oportunidad a la verdadera ella, que jamás miraría dos veces a alguien invisible como ella, pero, aún así…

—Tomás... —comenzó, y su voz cargó todo el peso de lo que necesitaba decir.

—Lo sé —la interrumpió él una vez más, con suavidad—. Te llamas Sonia López. Lo sé desde hace semanas.

El silencio entre ellos fue breve.

—¿Y por qué no dijiste nada? —preguntó ella, confundida, algo asustada.

Tomás la miró con esa intensidad verde que siempre la desarmaba.

—Porque estaba esperando.

—¿Esperando?

—Quería que fueras tú quien lo dijera.

No era una acusación. Tampoco era una absolución. Era simplemente la verdad y después de tantas mentiras, Sonia no pudo evitar dejar escapar una sonrisa nerviosa.

Sonia sacudió la cabeza.

—Entré aquí mintiéndote. Trabajé contigo, me fui a Londres contigo, me... —se detuvo— hice daño sin querer a gente que no se lo merecía.

Tomás asintió lentamente con la cabeza.

—Al principio solo quería ver qué pretendías.

—Solo quería una oportunidad... luego…

¿Se había acostado con él? El problema no era ese, sino que lo había hecho usando el nombre de alguien más y aunque él lo había sabido, no quitaba mierda al asunto.

—Lo siento, yo solo…

—Te quiero, Sonia Lopez.

Sonia levantó bruscamente la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...?

—Han pasado muchas cosas. Al principio solo fue curiosidad, es verdad, después apareciste con tus ideas, unas que tenían incluso más potencial que las de Sara, luego fuiste tú. Posiblemente antes de darme cuenta te deseaba.

—Pero te mentí…

—Y también creaste algo que no existía —dijo él—. Algo real.

Ella lo miró.

—No puedes simplemente…

—No estoy perdonando la mentira, Sonia —aclaró él—. Estoy diciendo que lo que vino después de ella es lo que más me importa. Lo demás lo construiremos desde ahora.

Y fue esa frase, más que cualquier otra cosa, la que la dejó sin respuesta.

## Capítulo 23

Los últimos invitados fueron abandonando el salón poco a poco, dejando tras de sí el murmullo apagado de las conversaciones y el brillo mortecino de las pantallas que aún proyectaban imágenes del juego. El personal de limpieza comenzaba a recoger copas y servilletas junto a los platos vacíos del lunch.

Sonia y Tomás seguían en el mismo rincón donde él la había encontrado, pero ahora había entre ellos algo diferente a la tensión de antes. Algo más parecido a la calma que viene después de una tormenta cuando ya se sabe que nada ha caído del todo.

—Álvaro me dio el nombre —dijo Tomás finalmente, respondiendo a la pregunta que ella no había terminado de formular—. Una mujer en Londres te reconoció. Consuelo Marquina.

Sonia cerró los ojos un instante.

—Mi profesora de la Complutense.

—La misma. Me reuní con ella. Me contó muchas cosas sobre ti. — Una pausa breve—. Me contó que nunca te habías atrevido a firmar tu propio trabajo con tu nombre.

Sonia no respondió. No hacía falta.

—¿Por qué, Sonia?

La pregunta era sencilla. La respuesta, no tanto.

—Porque cuando nadie te mira dos veces empiezas a creer que tienes razón en no molestarte —dijo ella al fin, con la voz más tranquila de lo que se sentía—. Y luego llevas tanto tiempo siendo

invisible que usar tu propio nombre te parece... No sé... da miedo, Tomás. Crees que no eres suficiente, que jamás estarás a la altura. Tal vez suene a tontería pero eso puede asustar tanto que te falta el aire y te cuesta salir de tu zona de confort.

Tomás la escuchó sin interrumpirla.

—Pensé que si entraba aquí como yo misma, como Sonia López, ni siquiera llegarías a abrir el correo —continuó ella—. Y probablemente tenía razón.

—Probablemente —admitió él, y la honestidad de esa palabra, sin condescendencia, sin intentar disfrazarlo o mentir, fue lo más extraño y lo más justo que le habían dicho en mucho tiempo.

Sonia soltó un pequeño resoplido.

—No sé si odiaros a todos por eso o agradeceros que al final alguien se fijara, aunque fuera con el nombre equivocado.

—El trabajo no era el equivocado —dijo Tomás—. El nombre sí. Pero lo uno no anula lo otro.

Ella lo miró. Había algo en él que seguía desestabilizándola, algo que a Sonia le resultaba a la vez irritante y tremendamente atractivo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó en un hilo de voz, negándose a explotar la burbuja de ensueño en la que Tomás había convertido todo aquello.

Tomás pareció pensarlo un momento, aunque Sonia tuvo la sensación de que ya lo tenía decidido desde antes de acercarse a ella.

—Ahora tienes dos opciones —dijo—. Una: te marchas. Lo entendería. Todo lo que pasó ha sido... complicado. Y no te debo nada, ni tú a mí, más allá de lo que ya se ha dicho.

—¿Y la otra?

—La otra: te quedas. Con tu nombre. Con un contrato nuevo, limpio, a tu nombre. Porque lo que hiciste aquí es tuyo y merece serlo de manera oficial.

Sonia lo miró fijamente.

—¿Estás diciéndome que quieres contratarme? ¿Sabiendo quién soy?

—Sabiendo quién eres —confirmó él—. Contrato a una persona que puede aportar en la empresa, que tiene el potencial para hacer grandes cosas.

Era tan directo que Sonia casi se rió. Casi.

—¿Y lo de Londres? —preguntó, porque eso también estaba flotando entre los dos.

Tomás no desvió la mirada. Sus ojos la atravesaban y Sonia tragó con dificultad.

—Lo de Londres fue real. Al menos para mí. Ya te lo he dicho. Te quiero, Sonia. Para mí nunca fuiste Sara, siempre supe quien eras así que en Londres solo vi a la verdadera y me acosté con la persona que ya era importante para mí.

Sonia pensó en la noche del hotel, en el calor de sus manos, en la manera en que él la había tocado, en la que se había fundido dentro de ella. Y pensó también en todas las veces que se había dicho a sí

misma que no significaba nada, que era solo un polvo de viaje, que los hombres como Tomás Anderson no se fijaban en mujeres como ella, que tan solo había sido el calor del momento al creer que a quien tenía entre sus brazos, a quien hacía el amor era a Sara Méndez.

Tal vez se había equivocado. En varias cosas.

—Necesito tiempo —dijo finalmente—. Para pensar. Para hablar con Sara. Para... ordenar todo esto.

Tomás asintió despacio.

—Tómate el que necesites.

Y nunca podría tener el tiempo suficiente para agradecer eso.

Sonia recogió su bolso del suelo donde lo había dejado mientras arreglaba los errores del sistema y dio un paso hacia la salida. Se detuvo un momento.

—Tomás.

—Dime.

—Gracias por decir mi nombre esta noche.

Él no respondió. Solo la miró con esa media sonrisa que Sonia ya conocía lo suficientemente bien y antes de girarse, se acercó a él y se inclinó para darle un rápido beso en los labios antes de apartarse. Tomás no dijo nada pero ensanchó la sonrisa y Sonia también sonrió, girándose finalmente.

Salió a la noche de Madrid sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, completamente visible.

## Capítulo 24

Sonia tardó exactamente cuatro días.

Cuatro días de paseos sin rumbo por Malasaña, de conversaciones interminables con Daniel que alternaba el sermón con el sarcasmo sin previo aviso, de cocido de su madre que había empezado a parecerle casi tan reconfortante como una terapia, y de una larga noche frente al teléfono mirando el nombre de Sara en la pantalla sin saber muy bien qué quería decirle.

Al final fue Sara quien llamó primero.

—¿Viste el estreno? —preguntó, sin preámbulos, como siempre.

—Lo vi —dijo Sonia.

—Vi la noticia. Lo de tu nombre. —Una pausa—. ¿Tomás Anderson sabe quién eres?

—Sí.

Otro silencio. Más largo.

—¿Y qué va a hacer?

—Me ofreció un contrato. A mi nombre.

Sara no respondió de inmediato. Sonia imaginó a su amiga en algún lugar de Nueva York, con el móvil pegado a la oreja y esa expresión que siempre ponía cuando está procesando algo que no le encaja del todo.

—Joder, Sonia.

—Sí.

—¿Lo vas a aceptar?

Sonia miró por la ventana de su apartamento. La calle Fuencarral estaba viva a esa hora, llena de gente que caminaba sin saber que a unos metros una mujer estaba a punto de tomar la decisión más aterradora de su vida adulta.

—Creo que sí —dijo.

Sara soltó un sonido extraño, mezcla de risa y suspiro.

—Bien. Me alegro por ti, supongo.

—Me acosté con Tomás, por cierto.

Otro silencio.

—¿Antes o después de saber quién eras?

—Siempre supo quien era así que…

—¿Qué…?

No terminó la pregunta ni añadió nada más sobre el nombre en los créditos, ni sobre los meses de mentira compartida, ni sobre la llamada de madrugada en la que había sido más cruel de lo necesario. Y Sonia tampoco lo sacó. Había cosas entre ellas que llevarían tiempo, que requerirían otra conversación, probablemente

varias, en el bar de siempre y con esa capacidad que tenían las dos para decirse cualquier cosa y seguir siendo amigas al otro lado.

Pero eso sería después.

—Cuando vuelvas, me cuentas todo —dijo Sara antes de colgar—. Todo, Sonia. Incluyendo lo del CEO.

—Que te den.

Sara se rió. Y Sonia también.

Al día siguiente, a las nueve en punto de la mañana, Sonia cruzó las puertas de Mika Games.

La misma recepcionista de siempre la recibió con una sonrisa. Esta vez Sonia no sintió el nudo de antes en el estómago, esa mezcla de náusea y adrenalina que acompaña a quien sabe que está mintiendo y puede meterse en problemas si alguien lo descubre. Solo sintió los pies sobre el suelo. Firmes.

—Buenos días —dijo—. Tengo una reunión con Tomás Anderson. El nombre es Sonia López.

La recepcionista tecleó sin dudar.

—Perfecto. Le aviso ahora mismo.

Sonia esperó de pie frente al mostrador. Miró hacia el ascensor, hacia las pantallas que seguían mostrando avances del juego, hacia el logotipo de Mika Games grabado en la pared de cristal.

Hacía unos meses había entrado aquí con un nombre prestado y el corazón encogido. Había llegado convencida de que necesitaba

esconderse detrás de otra para que alguien se dignara a mirarla.

Qué equivocada estaba.

El ascensor se abrió y apareció Álvaro, que la miró con una expresión apática e indescifrable. Luego, con la misma indiferencia con la que lo hacía todo, inclinó levemente la cabeza.

—Señorita López. Tomás la espera en su despacho.

Sonia reprimió una sonrisa.

—Gracias.

Subió en el ascensor sola. Las puertas se cerraron con un susurro metálico y Sonia miró su reflejo en el acero pulido. El cabello a medio peinar, los ojos un poco cansados, la chaqueta que se había puesto después de estar toda la noche eligiendo qué ponerse. Después apartó la mirada y apoyó la espalda en la pared del ascensor.

No pudo evitar sonreír.

Sonia López.

Era refrescante usar su nombre, pero no era lo único por lo que estaba nerviosa en ese momento.

Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron, Sonia se movió con familiaridad. Las puertas del despacho de Tomás estaban entreabiertas. Llamó con los nudillos dos veces.

—Adelante.

Entró.

Tomás estaba de pie junto a la ventana, con la camisa remangada y una taza de café en la mano, mirando la ciudad que ya se había despertado. Se giró cuando la oyó llegar. No dijo nada de inmediato. Solo la miró y Sonia vio la calidez en sus ojos y contuvo unos instantes la respiración antes de dar un paso hacia él.

—He pensado en tu oferta —dijo Sonia, sin preámbulos.

—Lo suponía.

—Quiero el contrato. A mi nombre.

Tomás dejó la taza sobre el escritorio.

—Por supuesto.

Tomás le tendió unas hojas y la invitó a sentarse antes de dejar un bolígrafo frente a ella. Sonia leyó el contrato, notando el nudo en el estomago al leer su nombre una y otra vez, después firmó y volvió a entregarle los papeles.

—También he pensado en nosotros —añadió

Él la miró fijamente antes de moverse hacia su lado y sentarse en el borde de su mesa. Sonia podía sentir su calor, el roce de su rodilla…

—¿Y qué has decidido?

—Me gustaría intentarlo. Si tú quieres —añadió rápidamente.

—Quiero —dijo él casi sin dejarla terminar de hablar y se inclinó hacia ella, besándola dulcemente en los labios antes de abrirle la boca con los dedos y deslizar la lengua entre sus dientes, tierna, un poco dominante y Sonia se movió lo justo para agarrarse a la camisa de él y profundizar el beso, sintiendo como todo su cuerpo subía de temperatura.

—Señor.

Álvaro abrió la puerta y Sonia sintió como se le erizaba todo el vello del cuerpo antes de que Tomás se apartara de ella casi de mala gana y girara la cabeza hacia su asistente.

—¿Es importante?

—Siempre lo es. Tienes una reunión dentro de cinco minutos —Tomás abrió la boca—. No —lo interrumpió Álvaro antes de que hubiera dicho nada—. No puedes suspenderla, ni aplazarla, ni nada. Ajustase la ropa, refrésquese si lo necesita y muévase.

Sonia alzó una ceja y escuchó como Tomás gruñía pero no dijo nada, después se giró hacia ella.

—¿Preparada?

Sonia lo miró horrorizada.

—¿Quién? ¿Yo?

—Eso es. Tú —dijo Tomás tomándola suavemente del brazo para ponerla de pie—. Ese juego no existiría sin ti. Eres parte del proyecto así que tienes que estar en la reunión.

—Pero, ¿ahora?

—Ya has firmado el contrato —dijo Tomás con una sonrisa traviesa —. Vamos.

Los tres salieron al pasillo. Ruth pasó a su lado con dos cafés, la vio y se paró en seco.

—¿Qué haces tú aquí?

Sonia sonrió.

—Trabajo aquí.

Ruth la miró. Luego miró a Tomás y después volvió a mirarla con esa sonrisa enorme que ocupaba toda su cara.

—¿En serio?

—En serio. Aunque ahora con mi nombre de verdad.

Ruth tardó exactamente medio segundo en decidir que eso merecía un abrazo, derramando la mitad de uno de los cafés en el proceso.

—¡Joder! —exclamó, apartándose y mirando el suelo—. Lo siento, lo siento. Pero es que... ¡qué buena noticia!

Sonia se rió mientras Ruth buscaba algo con que limpiar el café.

—Tu nombre es Sonia, ¿verdad? —preguntó Ruth mientras frotaba el suelo con una servilleta arrugada que había sacado del bolsillo.

—Sonia López.

—Bien. —Ruth levantó la vista—. Me alegra saberlo por fin. Aunque podrías habérmelo dicho desde el principio —miró alrededor y se

inclinó para parecer cómplice—. Soy de las de fiar.

Sonia rió.

—Estoy segura de que sí.

—La reunión empieza dentro de dos minutos —recordó Álvaro sin variar el tono de voz y las dos miraron a los dos hombres que seguían de pie. Sonia miró directamente a Tomás que la observaba con calidez. Se acercó a él y puso una mano sobre la de él con una sonrisa.

—Supongo que no es lo único que tienes que contar, ¿no? —preguntó Ruth asombrada, acercándose a ellos.

—¿Tú qué crees? —respondió Tomás, dejando un dulce beso en su mejilla y Sonia sonrió radiante, incapaz de sentirse más feliz.

—Un minuto…

—¡Ya vamos!

Sonia empezó a reír y sin soltar su mano empezaron a caminar hacia la sala de juntas.

**FIN**